



Ángel de Saavedra (Duque de Rivas)

Tanto vales cuanto tienes

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Ángel de Saavedra (Duque de Rivas)

Tanto vales cuanto tienes

Comedia en tres actos

Personas:

DON BLAS, rico negociante venido de Lima.
DON ALBERTO, su hermano.
DOÑA RUFINA, su hermana.
DON MIGUEL, capitán de Caballería, su primo.
DOÑA PAQUITA, hija de doña Rufina.
DON JUAN, amante de doña Paquita.
DON SIMEÓN, viejo usurero.
PASCUAL criado.
ANA, criada.
PERICO y FACO, mozos que vienen a servir de lacayos.
Un EBANISTA.
DOS MANDADEROS, que no hablan.

La escena es en Sevilla, en casa de doña Rufina.

Acto primero

La decoración es inmutable, y representa una sala de una casa particular. Al fondo, una puerta (del cuarto destinado para don Blas); a la izquierda, tres puertas (la primera, que comunica con la anterior de la casa; la segunda, al aposento de don Alberto; la tercera, a los de doña Rufina y doña Paquita); a la derecha, otra puerta (que da al corredor y escalera) y dos balcones que caen a la calle.

Escena primera

ANA y PASCUAL, con capa y sombrero

ANA.

¿Te vas ya a lucir el talle

porque salió la señora?...

¿O a la taberna?

PASCUAL.

Habladora;

barra, guise, friegue y calle.

Voy adonde mandó el ama,

que por mi gusto me fuera

a mi cuarto y me tendiera

a descansar en la cama.

ANA.

Muy bien te lo creo, sí,

pues sabes sólo hacer eso,

mientras cargas todo el peso

de la casa sobre mí.

(Vase Pascual por la derecha.)

Escena II

ANA y DOÑA PAQUITA

DOÑA PAQUITA.

Por Dios te lo ruego, Ana,

ten de entrambos compasión.

Don Juan frente del balcón

pasó toda la mañana,

y como a todos salir

ha visto, en entrar insiste:

en ti tan sólo consiste;

anda, déjale subir.

ANA.

¡Qué bobera!

DOÑA PAQUITA.

Ana, ¡por Dios!,

algo que decirme tiene.

ANA.

¿Y si la señora viene

y os atrapa aquí a los dos?

DOÑA PAQUITA.

No ha de volver en buen rato,

pues fue a andar toda Sevilla,

buscando muebles, vajilla,

ropa y el gran aparato

de recibir a este tío

que desde Lima nos viene...

ANA.

Pues hartito que buscar tiene.

De que lo halle desconfío.

DOÑA PAQUITA.

A don Juan déjame ver,

que sus señas dan aviso

de que el hablarme es preciso,

y no hay nada que temer.

ANA.

Y ¿qué os tendrá que decir?

DOÑA PAQUITA.

Puede ser cosa importante.

ANA.

Lo que dice todo amante:

que está por vos sin dormir,

que os idolatra y adora,

que por vos se ha de matar,

que sólo...

DOÑA PAQUITA.

Déjale entrar,

y deja chanzas ahora.

Hazlo por mí.

ANA.

Bueno es eso.

DOÑA PAQUITA.

Muévate mi llanto, Anita.

ANA.

¡Válgame Dios, señorita!

¿Usted ha perdido el seso?

¿Cómo he de contravenir

a lo que mandado tiene

mi señora?... Pero él viene;

la escalera va a subir.

Se ha colado de rondón.

DOÑA PAQUITA.

¿Quién le abrió?

ANA.

¿Quién?... ¡Pese a tal!

El borracho de Pascual,

que dejó abierto el portón.

DOÑA PAQUITA.
Toda tiemblo... Él es... ¡Ay Ana!

ANA.
¡Qué apuro si la señora...!

DOÑA PAQUITA.
Se irá al momento; tú ahora

ten cuidado, a esa ventana.

Escena III

ANA, a la ventana; DOÑA PAQUITA y DON JUAN

DON JUAN.
¿Tras de tantas penas,

Paquita adorada,

al fin logro verte?...

Consuela mis ansias.

¿Qué es esto, amor mío,

que a los dos nos pasa?

DOÑA PAQUITA.
¿Qué podré decir?

Que soy desdichada.

DON JUAN.
¿De dónde nacieron

desventuras tantas?

Cuando en dulce lazo

iban nuestras almas

a gozar el premio

de amores sin tasa,

tu tío gozoso,

tu madre encantada

de ver el cariño

que por ti me abrasa;

de pronto me encuentro,

sin saber la causa,

con que me prohíben

entrar en tu casa,

con que me desdeñan,

me insultan, me ultrajan,

deshecho el contrato,

rota la palabra,

muertos los cariños,

las puertas cerradas.

Paquita, ¿qué es esto?

¿Por qué tal mudanza?

DOÑA PAQUITA.

¿No lo habéis ya visto

en aquella carta

que ayer pude echaros

por esa ventana?

DON JUAN.

¡Ay Paquita mía!

Lo que ella relata

confusiones nuevas

ha dado a mi alma.

No sé qué de Indias

en ella me hablas,

y de un cierto hermano

que tu madre aguarda,

y cuya venida...

DOÑA PAQUITA.

Sí, la sola causa

de todas las penas

que en nosotros pasan

es venir un tío

que nadie esperaba.

DON JUAN.

¿Quién es ese tío

de quien ya se habla

por toda Sevilla,

y con su llegada

rompe de tal modo

tales esperanzas?

De este laberinto,

por tu amor, me saca.

DOÑA PAQUITA.

¿Y tengo yo tiempo

de explicaros nada?

Tiemblo de miraros

dentro de esta casa;

ya el veros ha dado

consuelo a mi alma.

DON JUAN.

No quiero afligiros.

¿Queréis que me vaya?

DOÑA PAQUITA.

¡Ay don Juan!

DON JUAN.

Paquita,

¿qué te sobresalta?

Casi me parece

que te hallo mudada.

Seis días sin vernos,

y sólo una carta,

y ésa tan confusa

y tan breve...

DOÑA PAQUITA.
Y gracias

que escribirla pude.

Soy muy desdichada.

(Se oye ruido.)

ANA.
¡Ay Dios! Señorita,

¿oye usted la danza

que traen allá dentro

los gatos?

DOÑA PAQUITA.
Ve, Ana;

pero vuelve pronto.

(Vase Ana.)

Escena IV

Los mismos, menos ANA

DOÑA PAQUITA.
Y usted...

DON JUAN.
¿Qué me mandas?

DOÑA PAQUITA.
Si mi madre viene...

DON JUAN.

¡Ah, que tengo el alma

de temores llena!

Mil dudas me asaltan.

¡Paquita! ¡Paquita!

¿Es todo una farsa,

todo fingimiento,

porque ya te cansan

mi amor, mi ternura,

mi fe y mi constancia?...

¡Ay, que las mujeres

todas sois voltarias!

Por piedad, al menos,

pues vine a tu casa,

donde me han traído

mi amor y mi audacia,

las dudas crueles

que atroces desgarran

mi angustiado pecho

por piedad aclara.

Si ya me aborreces,

si mi amor te cansa,

si en otros amores

tu pecho se abrasa,

no busques en Indias

embrollos y tramas.

Con franqueza dilo,

y verás, ingrata

que por complacerte

sabré...

DOÑA PAQUITA.

Basta, basta;

al fin eres hombre,

y como hombre hablas.

De que no merezco

tus duras palabras

y reconvenciones,

pruebas tienes claras.

¡Ay si mis suspiros

y llanto escucharas,

y advertir supieras

lo que aquí, en el alma,

por tu amor y ausencia

de continuo pasa,

no injusto me dieras

el nombre de ingrata.

Mas ¿por qué me canso,

¡ay desventurada!,

en satisfacerte

cuando así me ultrajas?...

Dices que en las Indias

embrollos y tramas

busco por perderte.

¡Oh, cuánto te engañas!

Contenta mi madre,

contenta trataba

nuestro casamiento,

cuando, por desgracia,

de un tío que en Lima

hace tiempo estaba,

y a quien no conozco,

recibimos carta,

pintando riquezas

y montes de plata,

con que dice vuelve

riquísimo a España.

Es soltero y viejo,

y enfermo, y...

DON JUAN.

Bien; calla,

que te entiendo, alevé.

DOÑA PAQUITA.

¿Qué entiendes...? Aguarda.

Mi tío, que llega

de hoy a mañana,

de partir sus bienes

con mi madre trata,

quién, desvanecida

con tal esperanza,

desdeña tu boda,

y a boda más alta...

DON JUAN.

¡Ay de mí, infelice!

DOÑA PAQUITA.
No, no; que mi alma

es tuya, y o tuya

o de nadie.

DOÑA RUFINA.
(Dentro.)

Ana.

¡Pues bueno el descuido está!

¿Quién dejó el portón abierto?

DON JUAN.
(Sorprendido.)

¡Ay!, que nos han descubierto.

DOÑA PAQUITA.
¡Ay Dios mío, que es mamá!

Escena V

DOÑA PAQUITA, DON JUAN y DOÑA RUFINA, de saya y mantilla por la derecha

DOÑA RUFINA.
(Saliendo.)

¡Jesús, qué escalera tan...!

(Repara en don Juan y en su hija.)

Mas ¡lindo cuadro, por Dios!

¿Conque así encuentro a los dos,

a la niña y al galán?...

Hija, Paquita, ¿qué es esto?

La desvergüenza me place.

Y en mi casa usted, ¿qué hace?

Don Juan, a la calle, y presto.

DON JUAN.

Yo no sé lo que me pasa.

Mi tranquilidad perdida...

DOÑA RUFINA.

¿No le he dicho que en su vida

ponga los pies en mi casa?

DON JUAN.

Pero, señora...

DOÑA RUFINA.

Marchad,

marchad al punto de aquí.

DOÑA PAQUITA.

¡Ay mamá!... ¡Triste de mí!

DOÑA RUFINA.

Calla, Paquita.

DON JUAN.

Escuchad,

DOÑA RUFINA.

¿Qué he de escuchar, insolente?

Salid de esta casa luego.

DOÑA PAQUITA.

¡Mamá!... ¡Por piedad os ruego...

DOÑA RUFINA.

Salid, pues. Niña, detente.

(Vase don Juan.)

Escena VI

DOÑA PAQUITA y DOÑA RUFINA

DOÑA PAQUITA.

¡Mamá!

DOÑA RUFINA.

No hay mamá, Paquita.

Este don Juan o don Necio

sólo merece desprecio,

y su pesadez me irrita.

Escena VII

DOÑA PAQUITA, DOÑA RUFINA y ANA

ANA.

El puchero y los dos platos,

que era todo nuestro ajuar,

los han echado a rodar

los malditísimos gatos.

(Repara en doña Rufina.)

Mas ¡ay!

DOÑA RUFINA.

¿Te asustas? ¡Ladina!...

No pienses, no, que me engaña

la ridícula maraña

que has urdido en la cocina.

Tuya es la culpa, embrollona.

ANA.

Los gatos fueron, señora.

DOÑA RUFINA.

No hablo de gatos ahora.

ANA.

Pues ¿de qué?

DOÑA RUFINA.

¿De qué, bribona?

De tu descuido y no más.

¿No te di orden terminante

de que entrar a ese tunante

no permitieras jamás?

ANA.

¿A quién...? Nada sé.

DOÑA RUFINA.

¿No sabes?

ANA.

Pero ¿por qué es esta riña?

DOÑA RUFINA.

Otra vez tendré a la niña

debajo de veinte llaves.

No fuera malo que yo

a un horterilla quisiera

por yerno. ¡Bueno estuviera!

¿Quién tal cosa imaginó?

DOÑA PAQUITA.

Pues, mamá, no hace ocho días

que usted lo solicitaba,

y sólo me aconsejaba

que, amable...

DOÑA RUFINA.

Bachillerías

son ésas que no permito,
mocosa. ¿Te has olvidado
que la suerte se ha mudado?...

No repliques, que me irrita.

Acaba de convencerte
de que si en don Juan pensé,
para dar remedio fue
a nuestra apurada suerte;
mas ya que viene tu tío
nuestras deudas a pagar,
y la casa a levantar,
casarte mejor confío.

DOÑA PAQUITA.
Pero ¡si mi abuelo era
un miserable barquero,
y sólo de marinero
a Lima fue!...

DOÑA RUFINA.

Bachillera,

calla.

(A Ana.)

Tú, ¿qué haces ahí?

¿Lo que decimos oyendo?

Márchate al punto.

ANA.

(Aparte.)

Ya entiendo

por lo que me echa de aquí.

Como si toda Sevilla

de esta familia la historia

no supiera de memoria,

más que un niño la cartilla.

(Vase.)

Escena VIII

DOÑA PAQUITA y DOÑA RUFINA

DOÑA RUFINA.

Y tú...

DOÑA PAQUITA.

Pues qué, ¿suficiente

no era haberme yo casado

con un mercader honrado

que tiene...?

DOÑA RUFINA.

Calla, imprudente.

Tu lengua sea maldita.

¿Quién en recordar te mete

si fue barquero o grumete

mi padre?...

DOÑA PAQUITA.

¿Es malo?

DOÑA RUFINA.

Paquita,

lo que fue y está olvidado

no se debe recordar.

Y sólo hemos de pensar

en lo que en lustre ha ganado

nuestra familia. Casada

he estado con un marqués

de segundas...

DOÑA PAQUITA.

Sólo un mes.

DOÑA RUFINA.

Mas de todos soy llamada

mi señora la marquesa.

DOÑA PAQUITA.

Y todos también, mamá...

DOÑA RUFINA.

Bien; y a mí, ¿qué se me da?

Me envidian, y no me pesa.

Que me quiten el dictado,

y el ser mi hermano un señor

comisario ordenador

con su uniforme bordado.

DOÑA PAQUITA.

Lo hizo la Junta central;

y lo que en ello gastó

ahora lo quisiera yo

para no pasarlo mal.

DOÑA RUFINA.

Me desesperas. Por cierto,

pagas muy bien el afán

en que de continuo están

don Miguel y don Alberto,

grados y honores buscando...

y su continua contienda

en darnos honor...

DOÑA PAQUITA.

La hacienda

como el humo disipando,

y mi tío don Miguel...

¿por qué no va al regimiento?

DOÑA RUFINA.

(Con impaciencia.)

Ya no tengo sufrimiento;

me está llevando Luzbel.

Bestia, incapaz, habladora,

¡qué alma tienes tan vulgar!

Nunca he podido lograr

que aprendas a ser señora.

Escena IX

DOÑA PAQUITA, DOÑA RUFINA y DON ALBERTO, que vienen de la calle

DON ALBERTO.

Tus voces oye cuanta gente pasa.

¿Con quién tan sofocada estás, Rufina?

¿Siempre ha de haber pendencia en esta casa?

DOÑA RUFINA.

¿Con quién la he de tener? Con tu sobrina,

que con su necedad y sus amores

me aburre, y sin cesar me desatina.

Despreciando los títulos y honores

por ese mercachifle, dice cosas

que hacen salir al rostro los colores.

DON ALBERTO.

¡Cómo ha de ser, hermana! Caprichosas

son siempre las muchachas.

DOÑA PAQUITA.

Solamente

yo le decía...

DOÑA RUFINA.

¿Replicarme aún osas...?

Retrónicas no quiero, impertinente.

Vete a tu cuarto.

DOÑA PAQUITA.

Voy...

DON ALBERTO.

Déjala.

DOÑA RUFINA.

Alberto,

sufrir no puedo más a esta insolente.

(Vase doña Paquita.)

Escena X

DOÑA RUFINA y DON ALBERTO

Doña Rufina se quita la mantilla y la pone sobre una silla

DON ALBERTO.

Sosíégate, hermana, pues.

DOÑA RUFINA.

Y bien: ¿qué has adelantado?

DON ALBERTO.

Eso iba yo a preguntarte;

porque yo, poco.

DOÑA RUFINA.

Yo, algo.

A fuerza de ofrecimientos,

de labia, ruegos y halagos,

corriendo toda Sevilla,

la carta de nuestro hermano

de puerta en puerta leyendo,

y sobre ella ponderando,

conseguí del ebanista

que vive en calle de Francos

una cómoda, un sofá,

una mesa y lavamanos,

con que pondremos decente

al menos de Blas el cuarto.

También de aquella prendera,

fina como el mismo diablo,

que tiene en el Arenal

su prendería, he logrado

seis sábanas, dos colchones,

tres cortinas y un armario.

Pero, ¡ay Alberto! ¡Qué gente!

Y se llamarán cristianos!

DON ALBERTO.

Pues ¿qué hicieron?

DOÑA RUFINA.

¿Qué han de hacer?

Pícaros, desconfiados,

de mi título y tu empleo

burlarse los plebeyazos,

y de la carta de Blas

hacer solamente caso.

DON ALBERTO.

Una carta de las Indias

hace, Rufina, milagros.

DOÑA RUFINA.

¡Ah, que ya se me olvidaba!

El repostero italiano,

el que gobierna la casa

del marqués de Castilblanco,

también alquilar ofrece

dos fuentes y cuatro platos

de plata, con sus cubiertas,

mantel, servilletas, vasos...

Finalmente, todo aquello

que parezca necesario

para los primeros días.

DON ALBERTO.

Pues entonces bien estamos,

y salimos del apuro.

DOÑA RUFINA.

Sí, salimos; pero el caso

es que todos me pedían

el dinero adelantado,
y sólo a fuerza de fuerzas
a la fin se conformaron
a dar los dichos efectos
con tal de que nuestro hermano,
en cuanto llegue a Sevilla,
dé la cara a todo.

DON ALBERTO.

Al cabo

eso, Rufina, no importa,
porque, a lo menos, logramos
que Blas el primer momento
nos encuentre en cierto estado
de decencia.

DOÑA RUFINA.

Mas si al punto

de su llegada a asaltarlo
comienzan los acreedores...

DON ALBERTO.

No faltará de engañarlos

nuevo medio, y detenerlos

un par de días acaso

no será difícil.

DOÑA RUFINA.

Es

hasta pescar necesario

que no vengan a molerle.

DON ALBERTO.

Pues eso digo...

DOÑA RUFINA.

Y tú, hermano,

¿has hecho también negocio?

DON ALBERTO.

Nada, Rufina.

DOÑA RUFINA.

Es bien raro.

DON ALBERTO.

Encontré los dos gallegos

que servirán de lacayos,

y a las tres han de venir,

pero pienso será en vano,

porque aquellas dos libreas
que en tu boda se estrenaron
no las suelta el carbonero,
aunque le muelan a palos,
porque dice que no afloja
la prenda hasta estar pagado.

DOÑA RUFINA.
¡Qué gentuza tan infame!

Si son unos ladronazos.

DON ALBERTO.
El bribón del montañés,

que tiene hace más de un año
empeñado el uniforme,
tampoco quiere soltarlo,
y ves la falta que hace
para recibir...

DOÑA RUFINA.
Es claro.

DON ALBERTO.

La demanda por la renta

de la casa no he logrado

suspender, por más que hice,

y va con Blas a afrentarnos

si llega la ejecución,

como temo...

DOÑA RUFINA.

Será un chasco,

pero el primo don Miguel...

DON ALBERTO.

Está el pobre sin un cuarto.

Desde que a Sevilla vino

ese griego endemoniado,

ese clérigo extremeño,

aquél que los cerdos trajo,

que sabe más que Briján

y que es un tahúr...

DOÑA RUFINA.

No hablo

de lo que en el juego gane,

sino de que le he encargado

que nos busque algún dinero,

aunque sea con quebranto,

pues siempre los jugadores

hallan quien les preste.

DON ALBERTO.

Cuando

tallan o están en fortuna;

pero a los cucos...

DOÑA RUFINA.

Veamos

si tienen sus diligencias

favorable resultado,

pues lo que nos interesa,

como tú sabes, hermano,

es que Blas no nos encuentre

viviendo como gitanos,

como perdidos.

DON ALBERTO.

Seguro.

DOÑA RUFINA.

Como que es, Alberto, claro.

Esa generosidad

de querer sus bienes darnos,

no es cariño. ¿Qué cariño

después de treinta y dos años?

Es que mi título, sea

o postizo o bueno o malo,

al fin suena, y que tu empleo,

aunque no es más que honorario,

tiene un vistoso uniforme,

y su señoría al canto,

y que es mucho gusto ver

el nombre de uno estampado

en la guía de forasteros.

DON ALBERTO.

Pero con decencia y fausto

estos títulos y honores

ayudar es necesario...

DOÑA RUFINA.

Aunque sea haciendo trampas,

que si no dirá...

(Suenan las campanillas del portón.)

DON ALBERTO.

¿Llamaron?

DOÑA RUFINA.

Sí; serán los mandaderos

con los muebles y los trastos.

DON ALBERTO.

O los gallegos serán

que han de servir de lacayos.

No; que es Miguel, nuestro primo.

DOÑA RUFINA.

¿Si habrá cumplido su encargo?

Escena XI

DOÑA RUFINA, DON ALBERTO y DON MIGUEL

DON MIGUEL.

(Tira el sombrero sobre una silla y se sienta en otra con despecho.)

Maldita mi suerte, ¡amén!,

y ese clérigo extremeño

más negro que una sartén,

y de ganarle también

maldito sea mi empeño.

DON ALBERTO.

¿Qué ha ocurrido?

DOÑA RUFINA.

Primo, di.

DON MIGUEL.

Que la mejor ocasión

de hacer un gran fortunón

esta mañana perdí

por ese griego bribón.

DOÑA RUFINA y

DON ALBERTO.

¿Cómo?

DON MIGUEL.

Ya os lo contaré.

(Se levanta de la silla.)

Fuime temprano a almorzar

con el marqués del Molar,

y por fortuna le hallé

al punto de despertar.

Mientras salió de la cama

le alabé de gran torero,

diciéndole que el Romero

jamás adquirió la fama

que él tiene en el matadero.

Después le hablé de Juanilla,

la gitana que mantiene,

y de que un cantador viene

de Sanlúcar a Sevilla

que en el polo igual no tiene.

Después toqué la guitarra...

Finalmente, le cogí
diez duros, y desde allí
a casa de nuestro Parra
a buscar fortuna fui.

La banca de cabecera
aun no había comenzado.

Puse el burlote, fiado
en lo que el diablo quisiera,
y no fui muy desgraciado,
pues veinte onzas mis diez duros
eran ya, con que creía

que iba a lograr en el día
dar fin a nuestros apuros;
¡tan buena suerte tenía!

Cuando el extremeño entró
y detrás de mí se puso.

Manolito me advirtió

que lo dejara. Confuso

su consejo me dejó.

Pero una corazonada

de que le había de matar

y el deseo de dejar

mi pérdida desquitada,

hiciéronme continuar.

Sólo dos tallas tiré.

¡Jamás hubiera tirado!

pues sin blanca y desbancado,

queridos primos, quedé.

¡Mirad si soy desgraciado!

DOÑA RUFINA.

No lo hiciera peor, Miguel,

un niño de la doctrina.

¿Y lo que sabes?

DON MIGUEL.

Rufina,

nada aprovecha con él.

Tiene la vista muy fina.

DOÑA RUFINA.

Y, entre tanto, nada has hecho

de aquel tan urgente encargo.

DON MIGUEL.

Si tal, prima; sin embargo,

de mi rabia y mi despecho

por bocado tan amargo,

fui a buscar un usurero

llamado don Simeón,

tan hipócrita embustero

como taimado ladrón,

pero que presta dinero.

DOÑA RUFINA.

¿Y sacaste algo por fin?

DON MIGUEL.

A fuerza de batallar,

de mentir y de jurar,

logré al mísero ruin

algún poquito ablandar.

Pero a pesar de la sarta

de mis ofertas, no quiso

dar nada, y quedó indeciso

hasta ver de Blas la carta,

y enseñársela es preciso.

¡Gran virtud la carta tiene!

DOÑA RUFINA.

Y si es tan desconfiado,

¿por qué a casa el renegado

a ver la carta no viene?

DON MIGUEL.

Ya venía a toda prisa

el cara de basilisco,

y al pasar por San Francisco

oyendo tocar a misa

entró, y con facha muy grave

me dijo: «Pues que ya sé

la casa y la calle, iré

en cuanto la misa acabe.»

DON ALBERTO.

Extraña es su devoción.

DON MIGUEL.

Su conciencia es más extraña.

pues no se halla en toda España

más desalmado ladrón.

DOÑA RUFINA.

Dime: ¿por qué cantidad

le hablaste?

DON MIGUEL.

Por cien doblones.

DOÑA RUFINA.

Es poco.

DON ALBERTO.

¿Qué te propones?

DOÑA RUFINA.

Hay mucha necesidad.

DON MIGUEL.

Mas ¿cuál es tu pensamiento?

Pues con franqueza, Rufina,

mi imaginación no atina

con la razón de tu intento.

DOÑA RUFINA.

Que quiero que Blas nos halle

viviendo cual caballeros,

no hechos unos pordioseros,

como quien dice, en la calle.

DON MIGUEL.

Pues yo tengo otra opinión,

y juzgo que mejor fuera

que en la indigencia nos viera

para que la compasión...

DOÑA RUFINA.

¡Qué mal conoces, Miguel,

a estos hombres de fortuna!...

Con pobreza cosa alguna

sacar lograremos de él.

Nuestros títulos y honores

le mueven tan solamente,

y el encontrar a su gente

en la clase de señores.

Además, sabes también

que tres veces ha enviado

dinero, y que confiado

está en que se gastó bien.

La primera vez mandó

seis mil y tantos doblones,

que en pretender y en funciones

mi hermano Alberto gastó.

Envió poco después

diez mil pesos, que el demonio

se llevó en mi matrimonio

con mi difunto marqués;

y ha tres años recibimos

ocho mil, cuya mitad

se gastó en la necesidad

de aquel pleito que perdimos,

y los demás para el juego,

cual sabéis, se destinaron;

y a la verdad que volaron

más pronto que árbol de fuego.

Así se ha hecho paz y guerra

de lo que Blas enviaba,

aunque tanto aconsejaba

que lo empleásemos en tierra,

y es preciso no olvidar

que siempre, por no escamarle

ni la voluntad quitarle

por si más quería mandar,

le escribimos que en dehesas,

que en casas y en olivares,

cortijos, huerta, lagares

se empleaban sus remesas.

Y si ahora en resolución

nos encuentra cual nos vemos,

mucho que temer tenemos

el que cambie de intención.

El no piensa remediarnos;

fomentamos, sí, y si ve

nuestro estado, con el pie

nos dará para ayudarnos.

DON ALBERTO.

Rufina, tienes razón.

DOÑA RUFINA.

¿Cómo si tengo?

DON MIGUEL.

Veamos

si con la carta ablandamos

al señor don Simeón.

DON ALBERTO.

(A doña Rufina.)

Dime: y ¿adónde fue Pascual?

DOÑA RUFINA.

Al correo le he mandado,

pero como es tan pesado

el grandísimo animal,

tardará un siglo.

DON ALBERTO.

Yo creo

que ya llegó a Cádiz Blas

y que tenemos verás

carta suya este correo.

DON ALBERTO.

Sin duda.

DON MIGUEL.

Pues si otra carta

satisfactoria viniera,

don Simeón se pusiera

con orejas de una cuarta.

DON ALBERTO.
Fuera muy bueno.

DON MIGUEL.
Si no,

para el negocio acabar

y el hígado hacerle dar

otro expediente sé yo.

DOÑA RUFINA.
Dilo, y al punto se hará.

DON MIGUEL.
Darle de tu hija las perlas,

pues yo aseguro que al verlas

tantos ojos abrirá.

DON ALBERTO.
¿Qué perlas?

DON MIGUEL.
Aquella sarta

tan gorda, luciente y fina

que Blas envió a su sobrina

con quien nos trajo la carta.

DOÑA RUFINA.
Un inconveniente tiene.

DON MIGUEL.
¿Y es?

DOÑA RUFINA.

Que como Blas la envía

para que la niña el día

de su llegada la estrene,

si a notar la falta acierta...

DON ALBERTO.

De las perlas no hay que hablar.,

(Se oyen golpes de llamar al portón.)

DOÑA RUFINA.

¿Esos golpes son llamar...?

DON MIGUEL.

Llamar son.

DOÑA RUFINA.

Ana, la puerta.

DON MIGUEL.

¿Si será don Simeón?

DOÑA RUFINA.

(Con impaciencia.)

Ana..., ¡qué llaman! Paquita,

Ana... ¡Jesús, qué maldita!

Escena XII

Los mismos y ANA y DOÑA PAQUITA, que entran de prisa

DOÑA PAQUITA.

¿Mamá?

ANA.

¡Señora!

DOÑA RUFINA.

El portón.

(Vase Ana.)

Escena XIII

Los mismos, menos ANA

DOÑA PAQUITA.

¿Qué me quiere usted, mamá?

DOÑA RUFINA.

Nada... Como cuando grito

en vano me desgañito,

te llamé...

Escena XVI

Los mismos y ANA

ANA.

A la puerta está

un hombre del otro siglo,

un duende del purgatorio.

DOÑA RUFINA.

(Con enfado.)

¿Quién dices?

ANA.

Un vejestorio,

o mejor diré, un vestiglo.

DOÑA RUFINA.

Sin duda será, Miguel,

aquel que esperamos.

DON MIGUEL.

Sí;

echa a estas niñas de aquí,

que yo subiré con él.

(Vase don Miguel.)

Escena XV

Los mismos, menos DON MIGUEL

DOÑA RUFINA.

Vete a tu cuarto, Paquita,

(A Ana.)

y tú también.

ANA.

(A Doña Paquita.)

Que me place.

¡No sabe usted qué bien hace

en echarnos, señorita!

Porque a las dos nos liberta

de un soponcio con no ver

a ese viejo Lucifer

de quien voy de miedo muerta.

DOÑA RUFINA.

(Con rabia.)

¿Qué demonio murmuráis?

ANA.

Dábamos gracias a Dios

de que...

DOÑA RUFINA.

¡Buenas sois las dos!...

Marchad, marchad, que estorbáis.

(Vanse las dos.)

Escena XVI

DOÑA RUFINA, DON ALBERTO, DON MIGUEL y DON SIMEÓN, vejete ridículo,
vestido de negro con peluquín

DON MIGUEL.

(Con gran prosopopeya.)

Marquesa prima, don Alberto primo,

aquí el sujeto está que tanto estimo,

don Simeón de Algarrapacoechea.

DON SIMEÓN.

Y quien a usías complacer desea.

DOÑA RUFINA.

Señor don Simeón, muy buenos días.

Somos sus servidores.

DON SIMEÓN.

Dios a usías

de salud colme y bienes infinitos.

DOÑA RUFINA.

Alberto, acerca sillas.

DON SIMEÓN.

(Aparte.)

¡Qué chorlitos!

A estafa huele cuanto miro. ¡Fuego!

(Acerca don Alberto una silla.)

DON ALBERTO.

Sentaos y descansad.

DOÑA RUFINA.

Sentaos, os ruego.

DON SIMEÓN.

Con permiso, que he estado de rodillas

por un buen rato.

DOÑA RUFINA.
(A don Miguel.)

Acerca otras dos sillas.

(Al sentarse don Simeón se rompe la silla y cae de espaldas.)

DON SIMEÓN.
(Al caer.)

¡Ay!, Dios me valga y San Antón bendito.

DON ALBERTO.
¡Jesús! ¿Qué fue?

DON MIGUEL.
Mas ¿cómo...?

DOÑA RUFINA.
(Con gran sobresalto.)

¡Pobrecito!

DON ALBERTO.
¡Qué desgracia!

DON SIMEÓN.
(En el suelo.)

¡Ay de mí!

¡Fatal porrazo!

Dios me saque con bien el espinazo.

DON MIGUEL.
(Ayudando a levantar a don Simeón.)

Alzad, que yo os sostengo. No fue nada.

DON SIMEÓN.
(Levantándose.)

Una costilla he de tener quebrada.

DOÑA RUFINA.
¡Terrible susto!

DON SIMEÓN.
(Mirando a la silla.)

Sillas tan malditas

son unas trampas de matar visitas.

DON ALBERTO.
Gracias a Dios, señor, que nada ha sido.

DON SIMEÓN.
Es malísimo agüero.

DOÑA RUFINA.
¡Qué encogido

que tengo el corazón!... Ana, muchacha;

agua al momento... Tráemela; despacha.

DON SIMEÓN.
(Registrándose todo el cuerpo.)

Un sueño me parece el estar sano.

Pensé parar...

DON MIGUEL.
En el infierno; es llano.

¡Un hombre como usted...!

DON ALBERTO.

Pudiera...

DOÑA RUFINA.

Ana,

¿el agua no traerás hasta mañana?

¡Jesús qué pesadez!... ¡Niñas!

DON ALBERTO.

Ya vienen.

DOÑA RUFINA.

Sangre de plomo las malvadas tienen.

Escena XVII

Los mismos y DOÑA PAQUITA

DOÑA PAQUITA.

(Asustada.)

¡Qué voces! ¡Ay mamá!... ¿Qué ha sucedido?

DOÑA RUFINA.

Que este buen caballero se ha caído.

DON SIMEÓN.

(Aparte, mirando a doña Paquita.)

¡Linda muchacha!

DOÑA RUFINA.

Porque el vil criado

dejó una silla rota en el estrado,

y por desgracia fue la que...

Escena XVIII

Los mismos y ANA, que saca un vaso de agua en la mano

ANA.

Señora,

aquí está el agua.

DOÑA RUFINA.

¡Tráesla a buena hora!

(Repara en que trae Ana el vaso sin plato.)

Pero ¿qué es esto?... Pícara, bribona...

DON SIMEÓN.

(Reparando en Ana.)

¡Pues no es menos bonita la fregona!

DOÑA RUFINA.

(A Ana.)

¿Por qué no traes de plata la salvilla?

ANA.

(Burlándose.)

¿Cuál?

DOÑA RUFINA.

La de plata.

ANA.

¿Cuál...? ¡Viva Sevilla!

DOÑA RUFINA.

Señor don Simeón, perdón le pido.

Bebed en este vaso, pues ha sido

que con la priesa y voces, asustada,

olvidó la salvilla la criada.

DON SIMEÓN.

Mil gracias, mi señora la marquesa.

Ya el susto se ha pasado.

DOÑA RUFINA.

No me pesa.

Pero yo he de beber...

(Bebe)

A Dios, las gracias

de que así se salió,

que las desgracias

suceden sin saber cómo ni cuándo.

(Da el vaso a Ana, y a ella y a Paquita dice aparte):

Idos, mas sin quedaros escuchando,

cual tenéis de costumbre.

ANA.

¡Buen aviso!

¿Le gusta a usted el vejete?...

(Aparte, a Paquita..)

DOÑA PAQUITA.

Es un Narciso.

ANA.

¡Qué facha! ¡Qué peluca!

DOÑA PAQUITA.

Es buena pieza.

ANA.

Siento que no se ha roto la cabeza.

(Vanse.)

Escena XIX

DOÑA RUFINA, DON ALBERTO, DON MIGUEL y DON SIMEÓN

DOÑA RUFINA.

En otra silla, señor...

DON SIMEÓN.

Perdón, señora marquesa,

que no volveré a sentarme

en otra silla.

DOÑA RUFINA.

Está buena

la que os ofrezco.

DON SIMEÓN.

Señora,

la que dio conmigo en tierra

que estaba rota ignoraba

su señoría, y pudiera

ignorar también que está

rota la que me presenta,

y si del golpe primero

saqué la persona entera,

puedo sacar del segundo

roto un brazo o una pierna.

Por tanto, en pie me resuelvo

la visita hacer, y fuera

bueno que no fuese larga,

no se hunda el suelo o se venga

alguna viga del techo

a aplastarme la cabeza,

porque esto de las desgracias

es un plato de cerezas.

DON ALBERTO.

No; que os habéis de sentar

para enteraros.

DON SIMEÓN.

¿No es buena?

¡Si he dicho que no me siento!

En pie escucho.

DOÑA RUFINA.

Bien; pues sea.

Ya el capitán, nuestro primo,

le habrá informado...

DON SIMEÓN.

En urgencia

me han dicho que están usías.

DOÑA RUFINA.

Como están cuantos de rentas

y de mayorazgos viven,

porque con tantas revueltas,

invasiones y mudanzas,

cambios de Gobierno y guerras,

ni pagan nuestros renteros

ni se pueden tomar cuentas

a los administradores,

ni los productos nos llegan

de nuestros estados, ni...

DON SIMEÓN.

Tiempo ha, señora marquesa,

que los que piden dinero

tales trabajos alegan;

pero es lo malo, señora,

que en el mundo una peseta...

¿qué digo?, un solo real,

ni un maravedí se encuentra.

DOÑA RUFINA.

Que recurran es forzoso

las gentes de nuestra esfera

a honrados capitalistas...

DON SIMEÓN.

Que son necios y se dejan...

DOÑA RUFINA.

Que son personas de bien

y de apuros...

DON SIMEÓN.

Pero es fuerza

dar muchas seguridades

a los que su sangre sueltan.

DON MIGUEL.

Sin duda.

DON SIMEÓN.

Pero los bienes

vinculados no aprovechan

para ofrecer garantía

cuando el dinero se presta.

DOÑA RUFINA.

Lo mismo iba yo a decir.

DON SIMEÓN.

Pues entonces...

DON ALBERTO.

Pronto llega

un nuestro hermano que viene

de Lima, y cuyas riquezas

son tan grandes...

DON SIMEÓN.

Tal me ha dicho,

si es que mal no se me acuerda,

vuestro primo el capitán.

DON MIGUEL.

Pues éste es el caso.

DOÑA RUFINA.

Llega

de un momento a otro mi hermano,

cuyo caudal en moneda

sube a trescientos mil duros.

DON SIMEÓN.

¡Hola!

DOÑA RUFINA.

Y tiene alma tan buena

que todo entre su familia

repartirlo al punto piensa.

DON SIMEÓN.

¿Conque trescientos mil duros...?

(A parte.)

Si es verdad, ganancia hay cierta.

DOÑA RUFINA.

Y recibirle a lo menos

como se merece es fuerza,

para lo cual necesito...

DON SIMEÓN.

¿Y hay documento que pueda

acreditar su venida

y que con tal rumbo piensa?

DOÑA RUFINA.

Sí, señor; tenemos carta...

DON SIMEÓN.

¿La tenéis a mano?

DOÑA RUFINA.

(Saca una carta del pecho.)

Es ésta.

(Da la carta a don Alberto.)

Aquí la tienes, Alberto;

torna la carta y leerla

puedes a don Simeón

desde la cruz a la fecha.

DON ALBERTO.

(Toma la carta, y con gran precipitación lee):

«Puerto del Fayal, 24 de febrero de 1825.-Queridos hermanos míos: Los trastornos ocurridos últimamente en Lima me han obligado a dejar aquella tierra, y habiendo capitalizado todos mis bienes...»

DON SIMEÓN.

(Con enfado.)

¿Es tarabilla, señor...?

No he entendido ni una letra.

Más despacio,

DON ALBERTO.

¿Pues no basta?

DON SIMEÓN.

No, señor, ¡pese a mi abuela!

Dádmela; yo la leeré.

No es cosa de juego ésta.

DOÑA RUFINA.

Dásela a don Simeón.

DON ALBERTO.

Con mucho gusto...

DON SIMEÓN.

Pues venga

DON ALBERTO.

(Dándole la carta.)

Con mucho gusto.

DON SIMEÓN.

Pues sea.

(Toma la carta, vase a un lado de la escena, se pone unos anteojos, reconoce el papel y lee con mucha pausa);

«Puerto del Fayal, 24 de febrero de 1825.-Queridos hermanos míos: Los trastornos ocurridos últimamente en Lima me han obligado a dejar aquella tierra, y habiendo capitalizado todos mis bienes adquiridos en tantos años de trabajos y desvelos, y reunidos en todo más de trescientos mil duros, me embarqué con ellos hace tres meses para Cádiz en la fragata la Corza. Hasta ahora he tenido, gracias a Dios, feliz navegación; sólo a la vista de estas Islas Terceras una racha de viento me rompió un palo, lo que nos ha obligado a arribar a este puerto hace una semana para remediar la avería. Por esta ocurrencia no tengo ya el placer de estar con vosotros; y aunque pensaba sorprenderos agradablemente, sabiendo ahora que el canónigo de la santa iglesia de Lima, don Sebastián Fabián de Tornacuero, mi compañero de viaje y particular amigo, marcha a España para, pasando por Sevilla y Madrid, ir a Roma a asuntos de su cabildo, le encargo de esta carta, pues no puedo resistir más tiempo al gusto de escribiros y avisaros mi llegada a estas Islas Terceras y lo pronto que tendré el gusto de abrazaros. Me encuentro viejo y soltero, y para vosotros es el fruto de mis afanes, pues cuanto tengo lo repartiré con vosotros a mi llegada, reservándome una pequeña cantidad con que acabar mis días tranquilamente en el campo. Y es tan segura ésta mi resolución, que, por si algo me ocurriese en tan dilatado viaje, he dejado hecho allá mi testamento, y aquí traigo copia, que os asegurará de mi determinación, y que no la hará inútil en cualquier evento. Dentro de seis u ocho días daré otra vez la vela; conque esperadme de un momento a otro, pues en Cádiz me detendré sólo lo preciso para el desembarque de mi equipaje y de vuestro dinero. El dador lleva una sarta de hermosísimas perlas y pendientes para que mi sobrina (a quien deseo mucho conocer) lo estrene el día de mi llegada.

«Adiós, queridos hermanos. No descansa hasta verse en vuestros brazos, vuestro Blas Mingorría.

«A mis amados hermanos doña Rufina, marquesa viuda de Calasparra, y don Alberto, comisario ordenador.»

(Acaba de leer la carta, y dice entre sí):

¡Por las ánimas que es

la carta cosa excelente,

y que va a hallarse esta gente

dentro del Cielo de pies!

Se ofrece gran interés

en prestarles, pues es llano

que, aunque les cargue la mano,

ellos, por salir de apuro,

soltarán diez por un duro

a costa del necio indiano.

(Vuelve a mirar la carta, y lee):

«Veinte y cuatro de febrero... Trescientos mil pesos... Pues cuanto tengo lo repartiré con vosotros a mi llegada... Hecho testamento... Sarta de hermosísimas perlas...»
¡Hermosísimas perlas!

(Queda suspenso.)

DON ALBERTO.

(Aparte, a doña Rufina y don Miguel.)

¡Digo si la carta vale!

DOÑA RUFINA.

Mirad cómo se recrea.

DON MIGUEL.

La codicia lo espolea

y el gozo al rostro le sale.

DON SIMEÓN.

(Como hablando entre sí.)

Mas vamos con pie de plomo,

que al fin esto es una carta.

Diera algo sobre la sarta

de perlas, que prendas tomo;

mas sobre este papel, ¿cómo

doy ni un polvo de tabaco?...

No, que el mundo es muy bellaco;

no cuantos ofrecen dan;

y, como dice el refrán,

la codicia rompe el saco.

DOÑA RUFINA.

Pues, señor don Simeón,

la carta, ¿qué le parece?

DON ALBERTO.

Seguridades ofrece

aun para más de un millón.

DON SIMEÓN.

(Devolviendo la carta a don Alberto.)

De tener tan buen hermano

doy la enhorabuena a usías.

No se halla todos los días

sujeto tan buen cristiano,

y tan generoso, y tan...

(Con viveza.)

¿Conque ya contar podemos...?

DON SIMEÓN.

Aún mucho que hablar tenemos.

¿Dónde las prendas están?

DOÑA RUFINA.

La carta es sobrada prenda,

pues por dos días o tres

tan sólo el préstamo es,

y de mi hermano la hacienda

garantiza...

DON SIMEÓN.

Aún está lejos;

hay muchas leguas de mar,

y el echarse a navegar

no es ir a cazar conejos.

DON ALBERTO.

Mas no es de temer...

DON SIMEÓN.

Señores,

al que su dinero afloja,

cualquier sombra le acongoja,

todo es sustos y temores.

Si esas tan hermosas perlas

que envió el señor don Blas

se me entregaran, quizás...

Y aun antes reconocerlas

conviene.

DOÑA RUFINA.

Don Simeón,

¿un hombre de su buen seso

se arroja a pretender eso...?

DON SIMEÓN.

¿No está muy puesto en razón?

DON ALBERTO.

¿No advierte usted que previene

nuestro hermano en esta carta

que la niña la tal sarta

para recibirle estrene?

DON MIGUEL.

¿Qué dijera si empeñada

la encontrase?

DOÑA RUFINA.

Lo tendría

por un desaire y sería...

DON SIMEÓN.

Pues si no hay prenda no hay nada.

Mas de plata una salvilla

hace poco que oí nombrar...

DOÑA RUFINA.

¿Y hemos de descabalar,

don Simeón, la vajilla?

DON SIMEÓN.

¿Descabalar?... ¡Buena es ésa!,

Toda la he de recibir.

DOÑA RUFINA.

¿Y con qué hemos de servir

a nuestro hermano la mesa?

DON SIMEÓN.

Pues si no hay prenda...

Escena XX

Los mismos y PASCUAL

DON ALBERTO.

¡Oh Pascual!

PASCUAL.

¡Maldito el correo, amén,

y maldito sea quien

atraviesa aquel portal!...

Que con tantos empujones

vengo medio sofocado...

DOÑA RUFINA.

¿Y nos traes cartas, pesado?

PASCUAL.

¡Qué confusión! ¡Qué encontrones!

Se me descalzó un zapato,

me han desgarrado la capa,

y por poco no me atrapa

un pillo el reló... ¡Qué rato!

DON ALBERTO.

¿Hay carta?

PASCUAL.

No hay quien resista,

ni hay paciencia de aguantar

y en tal bullicio esperar

hasta que ponen la lista.

DOÑA RUFINA.

¿Traes cartas?

PASCUAL.

El carro llega

y allá se entra el conductor

con el administrador,

y las valijas le entrega.

Ciérrase la ventanilla,

acude gente y más gente,

primero del asistente...

DON MIGUEL.

¿Hay mayor plomo en Sevilla?

DOÑA RUFINA.

(Con gran impaciencia.)

¿Y las cartas?

PASCUAL.

Como digo,

al asistente primero,

a la Audiencia...

DON ALBERTO.

¡Majadero!

DON SIMEÓN.

Pachorra gasta el amigo.

PASCUAL.

Después al gobernador,

y después el apartado,

y el público fastidiado...

DON ALBERTO.

Pero ¿hay cartas, hablador?

PASCUAL.

La lista, por fin, parece,

y en cuanto le cuelgan, todos

se abalanzan de mil modos,

y el que atrás queda perece.

Yo, como no sé leer,
tengo que buscar alguno
que me lea uno por uno
los nombres, ¡cómo ha de ser!

Abren después la ventana;
mas los números estar
suelen trocados.

DON SIMEÓN.
De hablar

no deja en una semana.

DON RUFINA.
¿Y las cartas...? Di.

PASCUAL.
A eso voy. No soy costal.

DOÑA RUFINA.
(Furiosa.)

Pero ¿hay cartas, animal...?

Pero ¿hay cartas?

PASCUAL.
Creo que sí.

Una...

(Se registra los bolsillos de la chaqueta.)

En esta faltriquera...

No; en estotra la guardé.

DON ALBERTO.

¿La habrás perdido?

PASCUAL.

No sé.

DOÑA RUFINA.

¡Gran bribón!

PASCUAL.

Tengan espera.

DOÑA RUFINA.

(Arrojándose a Pascual.)

Dámela al punto; si no...

PASCUAL.

(Saca la carta.)

Tomad.

DOÑA RUFINA.

(Abre la carta y la mira.).

¡Ay! De nuestro hermano.

DON SIMEÓN.

(Aparte.)

¿Si habrá llegado el indiano?

DOÑA RUFINA.

¡Gracias a Dios, ya llegó!

DON ALBERTO.

¿La fecha es de Cádiz?

DONA RUFINA.

(Sigue leyendo para sí.)

Sí.

DON MIGUEL.

¿Llegó en salvo?

DOÑA RUFINA.

Bueno está,

y aquí hoy mismo llegará.

DON ALBERTO.

Léase en alto.

DOÑA RUFINA.

Dice así:

(Lee.)

«Amados hermanos míos: Anteayer llegué bueno, gracias a Dios, a este puerto de Cádiz, y no puedo dejar de avisároslo, porque conozco el cuidado con que estaréis, aunque tal vez antes que esta carta, o al mismo tiempo, llegaré yo a esa ciudad, pues no descanso hasta veros y abrazaros. Vuestro tierno hermano, Blas, etcétera.»

DON ALBERTO.

(Con gran júbilo.)

Somos felices, Miguel.

Se acabaron los apuros.

DON SIMEÓN.

Y los trescientos mil duros,

¿habrán llegado con él?

DON MIGUEL.
¿Quién lo duda?

DOÑA RUFINA.
Me parece

que el señor don Simeón

conocerá que es razón

recibirle cual merece.

Y que de esta carta en vista

no tendrá dificultad

en darnos la cantidad...

DON SIMEÓN.
La carta..., a ver.

(Le dan la carta, y dice aparte):

¡Dios me asista!

(Lee para sí, y después, hablando entre sí, dice):

En fin, me voy a arrojar,

aunque no es mucha cordura;

pero quien no se aventura,

dicen que no pasa el mar.

Los seis mil... Es mucho dar.

Tres mil sólo darles puedo,

pues que me ha quitado el miedo

ver que el indiano está vivo;

y como yo haré el recibo,

sabré bien atar mi dedo.

(Devuelve la carta a doña Rufina.)

Veo la necesidad,

y por complacer a usías,

podré por dos o tres días

dar alguna cantidad.

DOÑA RUFINA.

Con cien doblones, bastante.

DON SIMEÓN.

¡Cien doblones! ¡Oh!...

DOÑA RUFINA.

De modo...

DON SIMEÓN.

Si se exprime el mundo todo,

no da suma semejante.

(Señalando al bolsillo.)

Aquí hay cincuenta doblones

que no son míos...

DON MIGUEL.

¿De quién?

DON SIMEÓN.

De un hombre honrado y de bien

que me sirve en ocasiones;

mas no de balde, en verdad.

DON ALBERTO.

Tres mil reales son tan poco...

DON SIMEÓN.

Señor..., ¿está usía loco?

Son muy noble cantidad.

Si acomoda, la daré,

que no me es posible más.

DOÑA RUFINA.

Venga, aunque es poco. Quizás...

DON SIMEÓN.

Antes el recibo haré.

DON ALBERTO.

(Llevando a don Simeón a una mesa.)

Aquí hay papel y tintero.

DON SIMEÓN.
(Reconociendo la silla que está inmediata.)

¿Y esta silla?

DON MIGUEL.
No hay temor.

DON SIMEÓN.
(Se sienta, y al tomar la pluma, exclama):

¡Cristo del mayor dolor,

recomiéndooos mi dinero.

(Se pone a escribir.)

DOÑA RUFINA.
¡Qué vejete tan ruin!

DON MIGUEL.
¡Y lo que sabe!

DON ALBERTO.
Es gran trucha.

DON MIGUEL.
Sea su ciencia poca o mucha,

dinero aflojó por fin.

Mas callad, no entienda...

DOÑA RUFINA.
(Alto.)

Estamos

con tanta flema y quizás

ya estará en Sevilla Blas.

¿Qué providencias tomamos?...

DON MIGUEL.

Hoy el barco de vapor

debe llegar a las tres,

y que en él se venga es

muy factible.

DON ALBERTO.

No, señor.

Vendrá en posta.

DOÑA RUFINA.

Yo imagino

que en un coche, y que cargados

dos carros traerá, y soldados

de escolta para el camino.

DON ALBERTO.

No, que vendrá a la ligera,

dejándose en Cádiz todo.

DOÑA RUFINA.

Venga de uno o de otro modo,

por instantes se le espera,

y hay mucho que prevenir.

DON ALBERTO.

¿Qué hora es?...

PASCUAL.

Las once han dado.

DOÑA RUFINA.

Lo que yo tengo buscado

ya no tardará en venir.

Tú, Pascual, vete a esperar

la llegada del vapor,

y si viene allí el señor...

PASCUAL.

No se me ha de despintar,

y aunque ha tanto tiempo que

no lo veo...

DOÑA RUFINA.

Pues bien; ve,

y cuidado.

PASCUAL.

No hay que hablar.

DON ALBERTO.

(A Pascual.)

Dime: ¿y alguien se hallará

que a la puerta de Carmona

vaya?

PASCUAL.

Buscaré persona

que de ellose encargará.

DON ALBERTO.

Sí, porque si en posta viene...

PASCUAL.

Pues voyme a ver...

DOÑA RUFINA.

Bien. Cuidado,

que no me seas pesado.

PASCUAL.

Nada que decirme tiene.

(Empieza a irse.)

DOÑA RUFINA.

Que la charla sempiterna

no te haga el tiempo perder.

PASCUAL.

(Yéndose.)

¿Pues soy yo, acaso, mujer?

DOÑA RUFINA.

No te entres en la taberna.

Escena XXI

Los mismos, menos PASCUAL

DON SIMEÓN.

(Levantándose de la mesa con el recibo.)

Pues, señores, el recibo

extendí como conviene.

Entérense de él usías,

y después firmarlo pueden.

DON ALBERTO.

(Toma el recibo y lee):

«Jesús, María y José. Los que abajo firmamos hemos recibido de don Simeón Algarrapaochea y Bajols la cantidad de seis mil reales de vellón que nos ha prestado por hacernos merced, y la cual le devolveremos en metálico sonante, con exclusión de todo papel, en el momento que la reclame presentándonos éste nuestro recibo, a cuyo pago comprometemos todos nuestros bienes muebles e inmuebles habidos y por haber, siendo este documento suficiente para, en su vista, proceder judicialmente a apremios, ejecuciones y embargos, renunciando nosotros, como renunciamos, en todo caso, las leyes y privilegios que pudieran favorecernos. Sevilla, etc.»

DOÑA RUFINA.

¡Hola!... ¿Conque cien doblones

prestarnos al fin resuelve?

DON SIMEÓN.

¿Quién se lo ha dicho, señora?

¿Por loco usía me tiene?

DOÑA RUFINA.

Como es de seis mil reales

el recibo...

DON SIMEÓN.

¿Pues no advierte

que en él están incluidos

el capital e intereses?

Yo doy los tres mil reales,

y seis mil usías me vuelven.

DON ALBERTO.

¡Don Simeón!... ¿Y la conciencia?

DON SIMEÓN.

Pues qué, ¿de balde lo quieren?

¡Dan por prendas esperanzas,

y aún a quejarse se atreven!

DON MIGUEL.

Mas..., ¡señor!..., ¡ciento por ciento...!

DON SIMEÓN.

¿Les ruego yo que lo acepten?

Y tengo temor de Dios,

y si esto justo no fuese,

me guardaría muy bien...

DOÑA RUFINA.

Pero como es solamente

por tres o por cuatro días

el préstamo...

DON SIMEÓN.

(Quiere recoger el papel.)

Bien; pues quede

sin hacerse este negocio.

DOÑA RUFINA.

De modo....que...

DON SIMEÓN.

¿Se resuelven...?

El gran apuro en que están

preciso es que usías piensen,

que no me dan prenda alguna,

que su precio también tiene

el susto de mi caída,

y...

DOÑA RUFINA.

Alberto, si te parece,

firmaremos el recibo,

porque, al fin, la urgencia crece,

y es preciso...

DON ALBERTO.

Bien; firmemos,

pues tales riquezas vienen

que lo recompensan todo.

(Firman.)

DON SIMEÓN.

(A don Miguel.)

Ahora falta solamente

que usted, señor capitán,

responsable al pago quede

con sus sueldos.

DON MIGUEL.

¿Yo?

DON SIMEÓN.

Sin duda,

pues por su medio la suerte

de servir a estos señores

se me proporciona... Y siempre

los sueldos son garantía,

porque el gobernador puede,

de las tres partes, las dos

mandar que se le descuenten

para el pago de acreedores,

y...

DON MIGUEL.

Mas yo...

DOÑA RUFINA.

Miguel, advierte

que por ti no es regular

que así el negocio se deje.

DON MIGUEL.

Pero, señores..., mis sueldos...

¡Pues como andan tan corrientes...!

En fin...

(Toma el recibo y dice a don Simeón):

¿No es más que firmar?...

DON SIMEÓN.

Escriba antes lo siguiente:

(Escribe don Miguel.)

«Yo aseguro el pago de la expresada cantidad con mis sueldos devengados o corrientes, para lo cual, en caso necesario, se me descontarán las dos terceras partes de mi haber mensual. Fecha y firma.»

(Acaba don Miguel de escribir, y da el recibo a don Simeón.)

DON MIGUEL.

Pues, señores, está hecho.

DON SIMEÓN.

Y yo doy gracias solemnes

al Señor de Tierra y Cielo

de haber con mis cortos bienes

servido a tales señores,

a cuyo servicio siempre

me hallarán como un esclavo.

Y Dios con usías quede.

(Guarda el recibo, hace una profunda reverencia y se va a marchar.)

DOÑA RUFINA.

Qué, ¿así se va...? ¿Y el dinero?

DON ALBERTO.

¡Don Simeón!

DON SIMEÓN.

(Desde la puerta.)

¿Qué se ofrece?

DON ALBERTO.

¿Y el dinero?

DON SIMEÓN.

¡Oh Virgen santa!

Tantos negocios me tienen

trastornada la cabeza.

(Saca un bolsillo.)

Aquí está... ¡Jesús mil veces!

(Vacía el bolsillo sobre la mesa y empieza a contar.)

Uno, dos, tres, cuatro, cinco,

y cinco diez, y diez veinte,

y diez...

DON ALBERTO.

(Que está recontando el dinero.)

Sólo dieciocho

hay aquí.

DON SIMEÓN.

¿Cómo...? A ver... Puede...

Alguna equivocación...

Repásenlo atentamente,

que nada quiero de nadie,

porque hay juicio, infierno y muerte.

(Sigue contando.)

Sesenta..., ciento..., y cincuenta...

Completos los tres mil tienen.

DON ALBERTO.

(Después de asegurarse.)

Sí, señor; están completos.

DON SIMEÓN.

Pues si otra cosa no quieren,

con el permiso de usías

me retiro. Con Dios queden.

(Vase.)

DON ALBERTO.

¡Qué ladrón!

DON MIGUEL.

¿No os lo previne?

DOÑA RUFINA.

¡Maldito sea el vejete!

Escena XXII

Los mismos, menos DON SIMEÓN

DOÑA RUFINA.

(Acercándose a la mesa, donde está el dinero.)

Pues, señores, lo primero,

no dormiremos en las pajas.

DON ALBERTO.

Bien; capirotos y rajos

hagamos de este dinero.

DOÑA RUFINA.

Tú, Alberto, ¿qué necesitas

para sacar tu uniforme?

DON ALBERTO.

Veinte duros.

DOÑA RUFINA.

¡Suma enorme!

¿Y las libreas malditas?

DON ALBERTO.

Con treinta se sacarán.

Para el casero es también

preciso...

DOÑA RUFINA.

En un santiamén

estos tres mil volarán.

Toma lo que quieras, pues,

y en la fonda una comida

con todo primor servida

encarga para las tres.

DON ALBERTO.

¿Qué...? ¿Hemos de comer allí?

DOÑA RUFINA.

¡Qué necesidad! No, por cierto;

que la dispongan, Alberto,

para después traerla aquí.

DON ALBERTO.

Pues no hay tiempo que perder,

tomo el dinero y me voy.

(Toma el dinero.)

DOÑA RUFINA.

Mira que esperando estoy.

Los mozos puedes traer.

DON ALBERTO.

¿Qué mozos?

DOÑA RUFINA.

Aquellos dos

que se pondrán las libreas.

DON ALBERTO.

Lo haré todo cual deseas,

(Vase por la derecha.)

DOÑA RUFINA.

¡Que no te tardes, por Dios!

Escena XXIII

DOÑA RUFINA y DON MIGUEL

DOÑA RUFINA.

Miguelito, ¿qué me dices?

Viento en popa todo va

Nuestro amor se logrará.

Pronto seremos felices.

Mañana mismo prometo

las diligencias hacer...

DON MIGUEL.

Pero ya sabes, mujer,

lo que te importa el secreto,

Digo, a ti... Por mí..., ya ves...,

aunque sin la real licencia...

Es de entrambos conveniencia.

DOÑA RUFINA.

Preciso el secreto es.

Mañana, sí... Loca estoy;

no sabes lo que en mí pasa.

(Le echa una mirada muy tierna.)

A arreglar toda la casa,

que urgen los momentos, voy.

(Recoge el dinero.)

Adiós, Miguel.

DON MIGUEL.

¿Y es razón

que nada haya para mí?

DOÑA RUFINA.

¿También quieres...?

DON MIGUEL.

Prima, sí;

Yo traje a don Simeón.

DOÑA RUFINA

Es verdad...; pero.... ¡Miguel!

DON MIGUEL.

Para salir de un empeño.

DOÑA RUFINA.

Sí, para que el extremeño

se regocije con él.

DON MIGUEL.

Ya no temo a ese bribón.

Veinte duros me has de dar,

pues que hoy me he de desquitar

me anuncia mi corazón.

DOÑA RUFINA.
(Dándole el dinero.)

Toma... Mira lo que queda,

DOÑA RUFINA.
No te aflija cosa alguna,

que hoy nos sube la fortuna

a la cumbre de su rueda.

(Vanse don Miguel por la derecha y doña Rufina por la izquierda.)

Acto segundo
Escena primera

DOÑA RUFINA y ANA, con un plumero en la mano limpiándolo todo

DOÑA RUFINA.
¿Está todo colocado...?

¿Las cortinas están ya?

ANA.
Sí, señora; todo está

muy limpio y muy arreglado.

DOÑA RUFINA.
A la señorita llama.

¿Qué hace ahora?

ANA.
Yo no sé.

En la alcoba pienso que

estará haciendo la cama.

DOÑA RUFINA.
Que venga aquí.

ANA.
(Corriendo a la izquierda.)

Señorita.

DOÑA PAQUITA.
(Dentro.)

Ya voy... ¿Qué se ofrece?

DOÑA RUFINA.
Ana.

¿pusiste la palangana?

ANA.
Todo está listo.

DOÑA RUFINA.
(En voz alta.)

¡Paquita!

DOÑA PAQUITA.

(Dentro.)

¡Mamá!

DOÑA RUFINA.

Ven pronto, mujer.

Escena II

Las mismas y DOÑA PAQUITA

DOÑA PAQUITA.

¿Qué manda usted?

DOÑA RUFINA.

¿Así estás?

¿Por qué a vestirme no vas?

DOÑA PAQUITA.

Como aun hay tanto que hacer..,

DOÑA RUFINA.

Ponte el vestido mejor,

y no olvides el collar.

DOÑA PAQUITA.

¿Cómo se me ha de olvidar?

DOÑA RUFINA.

Anda, vete al tocador

Escena III

DOÑA RUFINA y ANA

DOÑA RUFINA.

¡Jesús, cuánto tarda Alberto!

¿La plata no la han traído...?

ANA.

No, señora.

DOÑA RUFINA.

¿Ni han venido

los lacayos?

ANA.

No, por cierto.

DOÑA RUFINA.

A la puerta están llamando...

El repostero será...

Corre a verlo.

ANA.

Voy allá.

DOÑA RUFINA.

Pues ¿qué aguardas?

ANA.

(Suelta el plumero.)

Voy volando.

(Vase.)

Escena IV

DOÑA RUFINA, sola

DOÑA RUFINA.

Vaya..., parece un sueño. ¡Qué alegría!

¿Quién tal fortuna ha un mes pensar pudiera?

¡Trescientos mil! ¡Pues es una friolera!

De que todas me envidien llegó el día.

¿Y aquel vil tenderillo pretendía

conmigo emparentar? ¡Lindo estuviera!

Marcho al punto a Madrid, y la primera

figura voy a hacer, ¿por vida mía!

Comprará luego un título mi hermano,

pretenderá el toisón, un regimiento

para Miguel... Y yo..., la banda; es llano.

Un duque o un príncipe al momento

de mi Paquita pedirá la mano,

No sé cómo de gozo no reviento.

Escena V

DOÑA RUFINA, ANA y dos MANDADEROS, cada uno con una gran batea cubierta con una servilleta: en una, platos y cubiertos de plata; en otra, vasos, copas, botellas y mantelería

ANA.

Señora, ya están aquí

los mozos del repostero.

DOÑA RUFINA.

Bien; mas veamos primero

si viene lo que pedí.

(Reconoce una batea.)

ANA.

¡Ay qué plata tan hermosa!

Si fuera nuestra... ¡Ojalá!

DOÑA RUFINA.

Pronto tu ama la tendrá

de más peso y más costosa.

Platos de oro he de tener

con que a duques, a señores,

príncipes y embajadores

dar en Madrid de comer.

ANA.

¡Qué, señora!, ¿a Madrid vamos...?

¡Qué gusto si pronto fuera!

DOÑA RUFINA.

(Con mucha gravedad.)

Las gentes de nuestra esfera

bien sólo en la corte estamos.

ANA.

(Reconociendo la otra batea.)

Los manteles y el cristal,

aquí vienen.

DOÑA RUFINA.

(Después de mirarlo todo.)

Guarda todo,

que de servir luego el modo

te diré a ti y a Pascual.

(Vanse Ana y los mozos.)

Escena VI

DOÑA RUFINA, DON ALBERTO, PERICO y FACO, cada uno con un lío de ropa

DON ALBERTO.

La ropa tienes ahí,

y éstos los lacayos son.

Tú que se vistan dispón.

DOÑA RUFINA.

¿Y la fonda?

DON ALBERTO.

Ya pedí

una abundante comida,

que al momento en que avisemos

aquí en casa la tendremos

con todo primor servida.

DOÑA RUFINA.

¿Y tu uniforme?

DON ALBERTO.

Aquí está.

DOÑA RUFINA.

(Desata el lío que le ha señalado don Alberto, y saca un uniforme bordado de plata.)

Tómalo y vete a vestir,

que no tardará en venir

nuestro hermano.

DON ALBERTO.

(Tomando el uniforme.)

Voy allá.

(Vase.)

Escena VII

DOÑA RUFINA, PERICO y FACO

DOÑA RUFINA.

(Desata el otro envoltorio y saca dos libreas ridículas.)

Estas librea tened;

(Registrándolas.)

las mejores de Sevilla.

Mas, ¡ay Jesús!, la polilla

cuál me las ha puesto... Ved.

Pero no importa. Por hoy

así servirán. Mañana,

de la más hermosa grana

otras dos a encargar voy.

(Perico toma una casaca y Facó otra.)

¿Cómo te llamas tú? Di.

PERICO.

Yo, Perico.

FACO.

Y Facó yo.

DOÑA RUFINA.

¿Y habéis servido?

PERICO.

Yo no.

FACO.

Ni yo tampoco serví.

DOÑA RUFINA.

Mejor. En casa ha de ser

sólo vuestra obligación

cerrar y abrir el portón,

servir la mesa y barrer,

encender los reverberos,

ser muy limpios y callados,

ir a la calle a recados

y cuidar de los braseros,

y principalmente dar

a toditos señoría.

Ni de noche ni de día

esto se os ha de olvidar.

PERICO.

Muy bien está, señora ama.

¿Y el salario cuánto es?

DOÑA RUFINA.

Será... tres duros al mes,

con comida, ropa y cama.

PERICO y FACO.
Estamos listos.

DOÑA RUFINA.
Ahora

lavaros muy bien podéis

y la librea os pondréis.

PERICO y FACO.
Está bien.

DOÑA RUFINA.
Ana.

Escena VIII

Los mismos y ANA

FACO.
Señora.

DOÑA RUFINA.
Mientras me voy a vestir

no te descuides, ¡por Dios!

Que se limpien estos dos

y enséñalos a servir.

(Vase.)

Escena IX

PERICO, FACO y ANA

ANA.

¡Buena gente va acudiendo!

Venid, pues, a la cocina.

PERICO.

Si usía nos encamina...

FACO.

Si usía...

ANA.

(Sorprendida.)

¿Qué estáis diciendo?

PERICO y FACO.

Que usía...

ANA.

(Con enfado.)

¿Os burláis de mí?

¡Por Dios, medrados estamos!

En muy mal pie comenzamos,

y si imagináis que así...

PERICO.

Pues ¿qué...?

FACO.

¿Ofendemos a usía?

ANA.

¿Cómo...? ¡Bellacos!...

PERICO y FACO.

¡Señora!

ANA.

¿Venís con burlas ahora...?

¡Infames!... ¡Por vida mía...!

PERICO.

Pues nosotros, ¿qué decimos?

FACO.

¿Por ventura la ofendemos?

PERICO.

Sólo con lo que debemos

exactamente cumplimos.

ANA.

(Sofocada.)

¿Señoría a mí?

PERICO.

Pues no.

FACO.

Que tratáramos así

a cuantos están aquí

la señora nos mandó.

ANA.

(Convirtiendo el enfado en risa.),

Bestias, tan sólo a los amos.

¿No veis que soy la fregona?

PERICO.

Al ver tan gentil persona,

que era importante pensamos.

ANA.

¿Es requiebro...? Sus, venid.

FACO.

(Con familiaridad.)

¡Bendita tu cara!

PERICO.

Amén.

ANA.

(Con seriedad.)

No tan llano. Un ten con ten,

y de él jamás os salid.

(Haciendo ademán de irse.)

Escena X

Los mismos y DON MIGUEL

DON MIGUEL.

Ana, espera. ¿Hay rostros nuevos?

¿Ha llegado Blas, o no?

ANA.

No, señor; aún no llegó,

DON MIGUEL.

Pues ¿quiénes son los mancebos?

ANA.

Son los lacayos.

DON MIGUEL.

Bien va.

Son buen par de mocetones.

ANA.

A vestirse de sayones

destinados están ya.

Limpiarlos mi encargo es,

y no es pequeño trabajo;

con arena y estropajo

no se logrará en un mes.

(Vanse.)

Escena XI

DON MIGUEL y DON ALBERTO, con su uniforme

DON ALBERTO.

¡Hola, Miguel! Me alegro de encontrarte.

DON MIGUEL.

¡Jesús, y qué buen mozo y qué lucido!

DON ALBERTO.

¿Te parezco galán?

DON MIGUEL.

Y de mirarte

absorto me he quedado y confundido.

Con grande lujo estás. Felicitarte

debo de que por fin haya salido

uniforme tan rico y bien bordado

del cautiverio donde oculto ha estado.

DON ALBERTO.

Recibir es preciso al buen limeño

con apariencia tal.

DON MIGUEL.

Según tu hermana.

DON ALBERTO.

Y a ti, ¿cómo te fue con tu extremeño?

¿Te ha tratado mejor que esta mañana?

DON MIGUEL.

Calla, Alberto, por Dios. Es vano empeño

ganar a ese bribón que a todos gana.

DON ALBERTO.

¿Conque aquellos durillos...?

DON MIGUEL.

Ya volaron,

y ni un instante en mi poder pararon.

Y de Blas, ¿hay noticia?

DON ALBERTO.

No, por cierto.

DON MIGUEL.

Pues el vapor ya ha rato que ha venido.

DON ALBERTO.

¿Ha llegado el vapor?

DON MIGUEL.

Sin duda, Alberto.

Yo he visto ya personas que ha traído.

DON ALBERTO.

El portón me parece que han abierto.

DON MIGUEL.

Lo mismo a mí también me ha parecido.

Será tal vez...

(Mirando a la puerta de la escalera.)

Mas no, que es el criado.

DON ALBERTO.

¡Hola, Pascual! ¿El huésped ha llegado?

Escena XII

Los mismos y PASCUAL

PASCUAL.

Si por el aire no vino,

por vida de Barrabás

que no ha llegado don Blas,

o yo estoy fuera de tino.

DON ALBERTO.

¿Qué dices?

PASCUAL.

Que no parece,

aunque con una linterna...

DON ALBERTO.

¿Tú vienes de la taberna?

PASCUAL.

Gracias, señor; se agradece.

Si el vino he probado yo,

que vino me vuelva. He estado

tomando el sol muy sentado

hasta que el vapor llegó.

Llegó, y vi desembarcar

a todos, uno por uno

y no me quedó ninguno

que quedase por contar.

Treinta eran los pasajeros,

y a todos pregunté en vano,

pues no saben del indiano

ni ellos ni los marineros.

Viendo, pues, que no venía

en aquel barco infernal,

tomé por el arenal

en derechura la vía

y sin parar me encajé

en la puerta de Carmona,

a ver a cierta persona

que allí a esperar envié.

Y con los guardas está

y a ninguno entrar ha visto,

y es muchacho muy listo,

que no se emborrachará;

aunque para contentarlo

y que esté más diligente,

a seis cuartos de aguardiente

fue forzoso convidarle.

Ni silla de posta alguna

parece en todo el camino,

ni caballos, e imagino

que esperar más es tontuna.

DON MIGUEL.

¿Conque no hay nada?

PASCUAL.

Señores,

yo luego me encaramé

en la Giralda y miré

todos los alrededores,

y ni calesa, ni coche,

ni carro...

DON ALBERTO.

Pues tal vez Blas

se habrá detenido más

en Cádiz...

DON MIGUEL.

Hasta la noche

esperarlo es lo más cierto,

que no tarda todavía.

Escena XIII

Los mismos y DOÑA RUFINA, que sale vestida de gala estrafalariamente

DOÑA RUFINA.

No gastas, por vida mía,

escasa pachorra, Alberto.

¿Conque ya Pascual volvió,

y no me llamas?

DON ALBERTO.

En vano

fuera, pues de nuestro hermano

no trajo noticia.

DOÑA RUFINA.

¿No...?

PASCUAL.

Ni por tierra ni por río

rastro se descubre de él.

DON ALBERTO.

Que no tarda cree, Miguel;

pero yo ya desconfío

de que por hoy lo veamos.

DOÑA RUFINA.

¿Estás seguro, Pascual?

PASCUAL.

¿Que si lo estoy...? ¡Voto a tal...!

DOÑA RUFINA.

Pues, señor, frescos estamos.

Escena XIV

Los mismos y ANA, PERICO y FACO, vestidos de librea

ANA.

Aquí traigo a estos mancebos

limpios, galanes y hermosos.

DON MIGUEL.

Ya se ve que están vistosos.

ANA.

Los he puesto como nuevos.

DOÑA RUFINA.

Y muy bien que están así.

Mas ¿no llamaron...? Ve, Ana.

(Suenan golpes a la puerta. Vase Ana.)

Escena XV

Los mismos, menos ANA

DOÑA RUFINA.

Miremos por la ventana.

(Se acerca al balcón.)

¡Ay! ¡Un caballo está aquí!

DON ALBERTO.

¿Un caballo?

DON MIGUEL.

Será Blas.

DON ALBERTO.

Vamos, pues.

DOÑA RUFINA.

Algún criado...

(Hacen todos ademán de salir.)

Escena XVI

Los mismos y ANA, que entra asustada

ANA.

Un hombre muy mal portado

se cuela sin más ni más.

Cuando del cordel tiré,

sin preguntar se encajó

y la escalera tomó...,

y... Aquí está ya su mercé.

Escena XVII

Los mismos y don BLAS, vestido de camino pobre y estrafalariamente

DON BLAS.

Sí; no hay duda... ¿Sois vosotros...?

Vosotros sois mis hermanos.

Alberto, amada Rufina,

llegad, llegad a mis brazos.

DON ALBERTO.

¡Ay, Blas es...!

DOÑA RUFINA.

Blas es, no hay duda.

(Abrázanse.)

¡Jesús!... ¡Qué alegría!

DON ALBERTO.

¡Hermano!

DON BLAS.

¡Rufina!... ¡Alberto!... ¡Qué gozo!

DON ALBERTO.

¡Qué dicha!...

DOÑA RUFINA.

¡Blas adorado!

(Mientras el diálogo siguiente, Ana habla con Perico y Facó, los cuales salen por la puerta que da a lo exterior; por la misma vuelve uno con una maletilla y otro con una capa parda, lo entran todo por la puerta del fondo y vuelven a salir, quedándose a un lado de la escena.)

DON BLAS.

¡Ah!... Mentira me parece.

Aunque muy viejos os hallo,

os hubiera conocido

entre un millón. Otro abrazo

dadme, otro, por vuestra vida,

porque sólo así descanso.

(Abrázanse otra vez.)

DOÑA RUFINA.

Y nosotros solamente

en abrazarte ciframos

nuestras dichas y contentos.

DON ALBERTO.

Blas, por ti no pasan años.

DOÑA RUFINA.

Como el día que partiste,

la mismo estás; no han mudado

nada tu fisonomía.

DON ALBERTO.

Nada.

DON BLAS.

Pues muchos trabajos

he sufrido, hermanos míos,

muchos, muchos.

DOÑA RUFINA.

Ya acabaron,

pues estás entre nosotros

y será nuestro cuidado

el servirte y el mimarte.

DON BLAS.

Queridos, así lo aguardo.

DOÑA RUFINA.

(Presentándole a don Miguel.)

Y de Miguel, ¿no te acuerdas?

DON ALBERTO.

De nuestro primo.

DON BLAS.

(Recapacitando.)

El muchacho

hijo de la tía Catana;

aquel tan travieso y malo,

que allá en la plaza del Pan

andaba roscas hurtando

descalcillo y...

PASCUAL.

(Aparte.)

¡Gran memoria!

DOÑA RUFINA.

(Con gravedad.)

De éste que está aquí te hablo,

que es militar muy valiente

y capitán de caballos.

DON BLAS.

(Con cariño.)

¡Voto a Sanes!... ¡Miguelillo!...

Ven a abrazarme.

(Abrazale.)

¡Qué guapo!

De verte hombre de provecho

me alegro en el alma. ¡Cuánto

has crecido...! ¿Conque eres

un señor capitanazo?

Sea enhorabuena. Rufina,

¿y la muchacha?

DOÑA RUFINA.
(Arrimándose a los bastidores.)

Volando.

Ven, Paquita, a ver al tío.

DON BLAS.
Hanme dicho que es un pasmo

de hermosura.

DOÑA RUFINA.
¡Niña, pronto!

DON BLAS.
Se estará empernejilando.

Escena XVIII

Los mismos y DOÑA PAQUITA, vestida sencillamente y con un collar de perlas gordas

DOÑA PAQUITA.
Mamá...

DON BLAS.
(Corriendo a abrazarla.)

¡Sobrina del alma!

Por cierto, no han ponderado.

Es muy linda, mucho, mucho.

¡Qué ojillos tan vivarachos!

DOÑA RUFINA.

Que sea buena es menester.

DON BLAS.

Que es buena está publicando

su semblante. Eres muy mona.

DOÑA PAQUITA.

(Con mucha modestia.)

Gracias, tío.

DON BLAS.

(Reparando en el collar.)

Con mi encargo

veo que cumpliste, hermosa.

Di: ¿las perlas te han gustado?

DOÑA PAQUITA.

Y yo doy a usted las gracias

por tan soberbio regalo.

DON ALBERTO.

Es magnífico en verdad.

DOÑA RUFINA.

Es joya de soberano.

DON BLAS.

Es tan sólo una friolera

que en tiempos afortunados,

por ciertas cuentas y embrollos,

vino a parar a mis manos.

DOÑA RUFINA.

Pero, Blas, con la alegría

de verte aquí no pensamos

en lo que importa. ¡Al momento

querrás comer!...

DON BLAS.

He tomado

en la venta de Eritaña

unas chuletas y un trago,

y ahora ya gana no tengo,

más necesito descanso.

DOÑA RUFINA.

Bien. Pues la cama está hecha.

DON BLAS.

Vestido dormiré un rato.

DOÑA RUFINA.

Pero quítate las botas.

Ponte una bata.

(A los lacayos.)

Muchachos,

traed la bata y las chinelas.

(Ana hace señas a Perico y Facó, y se los lleva por la puerta del fondo.)

Escena XIX

Los mismos, menos ANA, PERICO y PACO

DON ALBERTO.

Dime, Blas: ¿por qué en el barco

de vapor no te has venido?

DON BLAS.

De embarcación estoy harto.

DON MIGUEL.

Pues en posta...

DON BLAS.

Más de prisa

por la marisma a caballo

pensé llegar.

DOÑA RUFINA.

Y tú, Alberto,

¿por qué no avisas volando

a la fonda...?

DON ALBERTO.

Sí; ahora mismo

irá Pascual en dos saltos.

(Habla aparte con Pascual, y éste sale con toda prisa por la puerta que da a la escalera.)

Escena XX

Los mismos, menos PASCUAL, y sale ANA, y con ella, PERICO, trayendo una bata, y FACO, unas chinelas

FACO.

(A don Blas.)

Aquí tiene usía chinelas.

Las botas le iré quitando,

si usía permite.

PERICO.

Y la bata

tiene usía a su mandato.

Si quiere algo más usía...

DON BLAS.

(Los mira atentamente, y dice a doña Rufina:)

¿Quién son estos mamarrachos,

que parece me hacen burla?

DOÑA RUFINA.

¡Qué, Blas! ¡Si son mis lacayos!

DON BLAS.

(Sentándose en una silla que le trae Ana.)

Tus la..., ¿qué?

DOÑA RUFINA.

Según es uso

son de librea criados.

DON BLAS.

Ya.

ANA.

Si usía quiere lavarse,

todo está listo en su cuarto.

DON BLAS.

¿Tú también eres lacaya?...

ANA.

(Burlándose.)

Yo soy la dama.

DON BLAS.

Ya caigo.

(Se deja don Blas con mucha calma quitar las botas y el vestido y poner la bata y chinelas, y los lacayos, haciéndole una reverencia, se llevan la ropa que le han quitado, yéndose por la puerta del fondo.)

Escena XXI

Los mismos, menos PERICO y FACO

DON BLAS.

Dime, Rufina: ¿y por qué

este par de mamarrachos,

que al verlos dirá cualquiera

que en el Carvanal estamos,

me dan tales señorías?...

DOÑA RUFINA.

Lo exige así nuestro rango.

DON BLAS.

Será el tuyo; pero el mío...

¿O es que en esta tierra acaso

andan ya los tratamientos

como en la calle los cantos?

DOÑA RUFINA.

¡Qué gracia!

DON ALBERTO.

¡Qué buen humor!

DOÑA RUFINA.

Tiene mucho chiste. Hermano,

es el uso recibido.

Si tú...

DON BLAS.

No me da cuidado,
aunque me den eminencia,
como no me den de palos.

Mas lo que ahora yo deseo
es sólo dormir un rato.

DOÑA RUFINA.
Sí, hijo mío, en el instante.

Tú eres el dueño, tú el amo,
tú eres el rey de esta casa.

Todos somos tus esclavos.

Dispón, manda, determina,

pide, ordena. Destinados

todos, todos a servirte

con mil amores estamos.

(Levantándole de la silla con mucho cuidado y cariño y encaminándose con él del brazo a la puerta del fondo.)

Vente conmigo, Blasito;

ven, te llevaré a tu cuarto.

(A los que quedan en escena.)

Que nadie meta ruido;

que haya silencio, ¡cuidado!,

mientras que duerme el señor.

A ti, Alberto, te lo encargo.

(Desde la puerta.)

Paca, enciéndeme un cerillo,

que en casa hay mosquitos hartos,

y porque a Blas no incomoden

quiero yo misma matarlos.

Ana, ven para ayudarme

a echar las cortinas.

ANA.

Vamos.

(Vanse doña Rufina, don Blas y Ana por la puerta del fondo, y doña Paquita, por la izquierda.)

Escena XXII

DON ALBERTO y DON MIGUEL

DON ALBERTO.

¿Qué te ha parecido Blas?

DON MIGUEL.

Un solemne socarrón.

DON ALBERTO.

Pues a mí un bobalicón.

DON MIGUEL.

Tú te desengañarás.

DON ALBERTO.

¿Dudas de su buena fe

y de sus ofertas?

DON MIGUEL.

No,

no dudo; mas... ¿qué sé yo?

Encuentro en él no sé qué.

DON ALBERTO.

Encuentras cierta franqueza

que no se usa por acá;

un hombre a quien se le da

poco del fausto y grandeza.

Siempre son así estos tales,

que a otros usos amoldados

y a la ganancia entregados,

olvidan nuestros modales.

Ven las cosas de otro modo,

juzgan que Lima es Sevilla,

y que café, y cochinilla,

y azúcar, y añil, es todo;

y con sus muchos dineros

lo entienden todo al revés,

y si hacen figura es

la de grandes majaderos.

(Sale doña Rufina por la izquierda con un cerillo encendido y entra por la puerta del fondo.)

DON MIGUEL.

Tal me pareció a mí Blas

desde que supe que trata

de con vosotros su plata

repartir sin más ni más;

porque, o gran filosofía

o grande necedad tiene

quien con tal proyecto viene,

y mucho más en el día.

DON ALBERTO.

Filosofía en mi hermano

no encuentro ni necesidad;

sí una extremada bondad,

y un corazón puro y sano.

No tiene hijos ni mujer,

y puede que ningún vicio,

y no hace gran sacrificio

en esto que piensa hacer.

Ha ganado su tesoro

sin saber cómo ni cuándo,

y está el pobrete ignorando

lo mucho que vale el oro.

Tanta riqueza le aflige

por no saber disfrutarla,

y el repartirla y el darla

para desahogarse elige.

Escena XXIII

Los mismos y DOÑA PAQUITA y ANA, por la puerta del fondo

DOÑA RUFINA.

¡Que nadie chiste, cuidado!

Paca, vete al comedor

a preparar con primor

la mesa cual te he enseñado.

Ana, tú en cuanto el criado

traiga la comida trata

de en las seis fuentes de plata

repartirla. La pondrás

junto al fuego, y cuidarás

no nos dé un chasco la gata.

(Vanse Paquita y Ana por la izquierda.)

Escena XXIV

DON ALBERTO, DON MIGUEL y DOÑA RUFINA

DOÑA RUFINA.

¡Jesús!... ¡Jesús!... Nuestro Blas,

¡qué hombre tan extraordinario!...

¿Qué era tan estrafalario

imaginarais jamás?

¡Qué necio, qué impertinente,

qué grosero y descortés!

En verdad, vergüenza es

llamarle nuestro pariente.

DON ALBERTO.

Es un hombre natural

que en pelillos no repara.

DON MIGUEL.

Es una cosa muy rara;

es un solemne animal.

DOÑA RUFINA.

En tanto que se durmió,

¡qué preguntas que me ha hecho!

DON MIGUEL.

¿Por personas de provecho,

sin duda, te preguntó?

DOÑA RUFINA.

Por lo peor de Triana:

por un lisiado barquero,

por un cierto tabernero,

por una vieja gitana...

¿Quién sabe?... Pero yo, Alberto,

le he dicho, por evitar

que los quiera visitar,

que todos ellos han muerto.

DON MIGUEL.

Blas es raro personaje.

Ninguna vergüenza tiene.

Repara cómo se viene.

DOÑA RUFINA.

Y con qué pobre pelaje.

DON MIGUEL.

¡Por la marisma a galope

en un caballo alquilado!

DOÑA RUFINA.

¡Solito, sin un criado,

como un miserable drope!

DON ALBERTO.

Rufina, tanto mejor:

mientras menos gaste Blas,

a entrambos nos toca más;

conque aplaudamos su humor.

DOÑA RUFINA.

(Con gran desprecio.)

Aplaudámosle, por cierto,

si por su vergüenza poca

mayor cantidad nos toca.

DON MIGUEL.

Soy de tu opinión, Alberto.

DOÑA RUFINA.

Es preciso, en despertando,

de sus proyectos hablarle

y los tesoros pillarle,

que se va el tiempo pasando.

DON MIGUEL.

Y bueno será, pues que

en su carta nos decía

que el testamento traía,

sacárselo.

DON ALBERTO.

Ya se ve.

Eso es muy preciso.

DOÑA RUFINA.

Es llano.

DON MIGUEL.

Y que haga la donación

con la justa precaución

de que sea ante escribano.

DOÑA RUFINA.

Y al punto le buscaremos

una casa en una aldea;

donde sea, como sea,

lejos de aquí lo tendremos.

(Se oye ruido.)

Mas ¿qué alboroto?... ¿Es Pascual?

¡Pues está la casa buena!

DON MIGUEL.

Anda la marimorena

allá abajo en el portal.

DOÑA RUFINA.

(Acercándose a la puerta de la derecha.)

¿Qué es esto?... ¿Tal zalagarda

se ha de sufrir?... ¡Hola!... ¡Chito!

Escena XXV

Los mismos y ANA, que sale por la puerta de la derecha

ANA.

(Asustada.)

Señora, el viejo maldito...

DOÑA RUFINA.

¡Bien mi mandato se guarda!

¿Quién tanto ruido mete?

No tengo a todos mandado...

ANA.

El ebanista ha llegado,

señora; y aquel vejete...

DOÑA RUFINA.

¿Cuál?

ANA.

Aquél que esta mañana

se cayó con grandes furias

y diciendo mil injurias

quiere hablar a usted.

DOÑA RUFINA.

¿Quién, Ana?

ANA.

El viejo del peluquín

y el ebanista con él.

DOÑA RUFINA.

Anda tú, por Dios, Miguel;

mira qué es esto.

(Vase don Miguel por la puerta de la derecha.)

Escena XXVI

DON ALBERTO, DOÑA RUFINA y ANA

DON ALBERTO.

¿Y por fin,

se sabe cuál es su intento?

ANA.

Yo no lo sé. Voces dan,

y amenazan que vendrán

con la Justicia al momento

si no se les oye.

DOÑA RUFINA.
(Con impaciencia.)

¿Y qué

podrá ocurrirles?

DON ALBERTO.
Rufina,

¿quién demonios lo adivina?

Lo que puede ser no sé.

DOÑA RUFINA.
Pero ellos... ¿Qué dicen, Ana?

ANA.
El vejete Satanás

me pregunta por don Blas,

y dice que esta mañana

aquí engañado quedó;

y el toscó del ebanista

que es usté... una petardista,

y que ha de hacer... ¿Qué sé yo?

DOÑA RUFINA.

¡Canalla sin miramiento!

¿Conmigo se han de atrever...?

Los haré al punto prender,

y aun ahorcarlos al momento.

Sí; que con mis seis millones

todo lo puedo. Hoy haré

que tiemble Sevilla, y que

aprendan esos bribones

a respetarnos.

DON ALBERTO.

Escucha

lo que dicen.

DON SIMEÓN.

(Dentro.)

Sí, señor;

muy justo es nuestro furor.

EBANISTA.

(Dentro.)

Nuestra necesidad fue mucha.

DON MIGUEL.
(Dentro.)

Señores...

DON SIMEÓN.
(Dentro.)

Robar es esto,

y con engaños muy viles.

EBANISTA.
(Dentro.)

Venir con los alguaciles

será mejor y más presto.

DOÑA RUFINA.
(Desesperada.)

¡Pícaros!... ¿Qué dicen, pues?

DON MIGUEL.
(Dentro.)

Señores, vamos con modo

y lo arreglaremos todo.

DON ALBERTO.
No adivino lo que es.

Escena XXVII

Los mismos y DOÑA RUFINA, DON SIMEÓN y un EBANISTA, que salen por la derecha

DOÑA RUFINA.
(Con gran altanería.)

¡Qué grande atrevimiento!

DON MIGUEL.
Cálmate, prima; escúchame un momento.

DOÑA RUFINA.
¿Y cómo esta canalla...?

EBANISTA.
¿Aún se atreve a insultarnos?

DON MIGUEL.
Prima, calla.

Se trata de materia

que puede ser harto pesada y seria.

DON ALBERTO.
Pero ¿qué ha sucedido?

DON MIGUEL.
Que estos señores dicen que han oído

que se llevó el demonio la fortuna

de nuestro Blas.

DOÑA RUFINA.
¿Qué dices?

DON MIGUEL.
Que han robado

a Blas cuanto dinero había juntado,

sin que salvar pudiera cosa alguna.

DOÑA RUFINA.

Mas..., ¿cómo...?

DON ALBERTO.

¿Quién ha dado

noticia tal?...

DON SIMEÓN.

No se habla de otra cosa,

señores, en Sevilla,

y es que usías lo ignoren maravilla.

ANA.

(Aparte.)

Siempre por pajarraco

de mal agüero tuve a este bellaco.

DOÑA RUFINA.

(Indecisa.)

Yo estoy helada, Alberto.

DON SIMEÓN.

Semejante noticia no es sabrosa.

DON ALBERTO.

(A doña Rufina.)

De escucharla he quedado como muerto.

ANA.

¡Qué chasco!

DON MIGUEL.
(A don Simeón.)

Pero ¿cómo se ha sabido...?

DON ALBERTO.
Que es equivocación, sin duda, creo.

DON SIMEÓN.
La noticia ha venido,

señor, esta mañana en el correo,

y ya el aviso tienen

algunos comerciantes...

EBANISTA.
Y los ociosos, que a mi tienda vienen

a requebrar las mozas paseantes,

a murmurar, fumar y hablar de toros,

de otra cosa hoy no hablaron

sino de que al indiano le robaron

cerca de Cádiz los piratas moros.

¿Y sabe usted también quién me lo dijo?

Pérez el corredor; Pérez, el hijo

del que enfrente de gradas tiene lonja;

el que ha metido a su sobrina monja

hace dos o tres días.

Y, a la verdad, si usías

(como dicen y creo)

estaban ya informados,

tomar muebles fiados

es una acción...

DON SIMEÓN.

Y quien con buen deseo,

sin prenda ni interés, seis mil reales,

ganados con fatigas y sudores,

de buena fe ha prestado a estos señores

en momentos tan críticos y tales,

¿qué deberá decir?

EBANISTA.

Mis muebles luego

quiero llevarme. No es cosa de juego

perder sin más ni más...

DON SIMEÓN.
(Saca el recibo.)

Este recibo,

que es en verdad legal y ejecutivo,

por sí o por no...

DON MIGUEL.
Esperad, que no es creíble

la tal noticia.

DON ALBERTO.
(Con entereza.)

¿Cómo, si el indiano

ha media hora llegó tranquilo y sano

y en su alcoba durmiendo...?

DOÑA RUFINA.
(Recobrando su altanería.)

Es imposible.

Esto es sólo una hablilla

de muchos envidiosos

en que abunda Sevilla,

que de que así ocurriese deseosos

por dañarme lo inventan. ¡Picarones!

Pues yo les aseguro a los bribones

que les ha de pesar. Mi buen hermano

ya, a Dios gracias, llegó, y aquí al instante

mentira semejante

vendrá a contradecir.

DON ALBERTO.

(Con seguridad.)

Al punto; es llano.

DOÑA RUFINA.

Ya, señores, infiero

de quien es la invención: del majadero

don Juan, que, resentido

porque darle mi hija no he querido,

con tal embrollo ahora...

EBANISTA.

Pues sea como fuere, yo, señora,

mis muebles sólo quiero,

o si no al asistente...

DON SIMEÓN.

Y yo, si no es demanda impertinente,

y aún existe, señora, aquel dinero...

DOÑA RUFINA.

(Encolerizada.)

¡Jesús, Jesús! ¡Qué gente!

¿Lo ves, Miguel...? Alberto, ¿tú lo notas?

DON MIGUEL.

¿Por qué así te alborotas?

DOÑA RUFINA.

¿Y quién tendrá paciencia suficiente?

Escena XXVIII

Los mismos y DOÑA PAQUITA, por la izquierda

DOÑA PAQUITA.

(Sobresaltada.)

¡Mamá! ¿Qué ocurre? ¡Ay Dios, y qué enojada...

DOÑA RUFINA.

¡Qué ha de ser! ¡Qué ha de ser, Paquita!

Gracias de aquel tunante. Nada

DOÑA PAQUITA.

¿De quién?

DOÑA RUFINA.

De don Juanito, de tu amante

y de otros envidiosos

que de nuestra fortuna están rabiosos.

DOÑA PAQUITA.

Pero ¿el pobre don Juan...?

DOÑA RUFINA.

(Con enfado.)

Calla tú, niña.

ANA.

(Aparte.)

Don Juan ha de salir a cada riña.

EBANISTA.

Señores, concluyamos.

DON SIMEÓN.

Ruego que pronto, pues de prisa estamos...

DON ALBERTO.

¿Conque ustedes, señores...?

DOÑA RUFINA.

Dan crédito a los tontos habladores;

mas para convencerlos

y lograr contenerlos

esto será mejor.

(Se acerca a la puerta del fondo, y dice en voz alta:)

Sal pronto, hermano;

despierta, y confundidos

a estos dos atrevidos

deja y a todo el pueblo sevillano.

Escena XXIX

Los mismos y DON BLAS, que sale por la puerta del fondo restregándose los ojos y bostezando como quien despierta de un profundo sueño

DON BLAS.

¿Conque ni dormir se puede

en esta maldita tierra?...

¡Jesús y qué gritería!

¿Qué voces, decid, son éstas?

Me pareció que en el mar

corriendo estaba tormenta.

¿Qué ha ocurrido?... ¿Qué acontece?

Estos hombres, ¿qué desean?

DON SIMEÓN.

(A Ana.)

¿Es éste el señor indiano?

EBANISTA.

(A Ana.)

¿Es don Blas?

ANA.

¿Pues no lo aciertan?

DON SIMEÓN.

(Acercándose a don Blas.)

Yo, señor, soy...

EBANISTA.

(Adelantándose.)

Yo, ebanista...

DON ALBERTO.

(Dudoso.)

Son...

DOÑA RUFINA.

(Con resolución.)

No es tiempo de reserva:

estos dos son acreedores

de quien, estando en urgencia,

nos fue preciso valernos...

EBANISTA.

Yo, un sofá, cómoda y mesa

por los respetos de usted,

vendí...

DOÑA RUFINA.

(Interrumpiéndole.)

Fue de esta manera:

necesitando unos muebles

para poner con decencia

tu cuarto...

DON SIMEÓN.

Y yo, señor mío,

a la señora marquesa

y a este señor, vuestro hermano,

y al capitán, viendo que era

justo que con aparato

tal persona recibieran,

por servirlos les presté

seis mil reales en moneda,

sin tener más garantía

que una carta...

DON BLAS.

Estos chochean.

¿Qué tengo con eso yo?

DON SIMEÓN.

Ya descampa, y llueven piedras...

¿Qué tenéis con eso vos...?

EBANISTA.

Mis muebles...

DOÑA RUFINA.

En dos paletas

yo te aclararé el enigma.

Estos hombres con quien deuda

es verdad que contrajimos,

y todo es una friolera,

se vienen con la embajada

de que tu fortuna inmensa

se la ha llevado el demonio;

y tal disparate piensan

que es verdad, porque unos necios,

con intención nada buena,

andan por toda Sevilla

divulgando...

DON SIMEÓN.

Por muy cierta

la noticia nos han dado.

DOÑA RUFINA.

(Con gran seguridad.)

Ya ves qué cosa tan necia.

DON BLAS.

(Con mucha calma.)

Rufina, no es necedad.

La noticia es verdadera.

Es un evangelio, sí.

Estando de Cádiz cerca,

dos jabeques berberiscos,

en una noche de niebla,

abordaron mi fragata;

fue imposible hacer defensa,

y todo me lo robaron;

todo, todo.

DOÑA RUFINA.

(Suspensa.)

¿Hablas de veras?

DON ALBERTO.

(Dudoso.)

Pero... Blas...

DON BLAS.

Una desgracia

imprevista...

DON MIGUEL.

¿Y resistencia

hacer no te fue posible...?

DON BLAS.

¿No veis que fue una sorpresa?

Veinte cajas se llevaron,

todas de dinero llenas;

gran cantidad de oro y plata

en barras, una completa

vajilla, varios productos

preciosos de aquellas tierras,

y... hasta mi equipaje.

DOÑA RUFINA.

(Dando muestras de desmayarse.)

¡Ay Dios!

DOÑA PAQUITA.

(Sosteniendo a su madre.)

¡Ay mamá!

DOÑA RUFINA.

¡Jesús!

DON ALBERTO.

(A Ana.)

Acerca

una silla. Pronto.

DON BLAS.

(Con ternura.)

¡Hermana!

DOÑA RUFINA.

(Sentándose en una silla que le trae Ana.)

¡Válgame Dios!... ¿Quién dijera

aún no hace un cuarto de hora

tal desgracia?

EBANISTA.

Si era cierta

la noticia ahora se ve.

DON SIMEÓN.

(Acercándose a doña Rufina.)

Gracias infinitas sean

dadas al Señor de todo.

Él da y Él quita la hacienda;

y pues la salud, señora,

benigno, a usía la deja,

dénsese gracias. Tal vez

su condenación eterna,

su absoluta perdición,

iban a ser las riquezas;

y más vale en todo caso...

DOÑA RUFINA.

(Con enfado.)

Ésas son cosas muy buenas,

mas no para este momento.

DON BLAS.

Pero, Rufina, contempla...

DOÑA RUFINA.

¡Pues buenos hemos quedado!

EBANISTA.

(Aparte, enternecido.)

Lástima me da de verla.

Claro es que de buena fe

me hizo la compra. ¡Paciencia!

DON SIMEÓN.

Yo, mis señores, no puedo

(Dios sabe lo que me pesa)

menos de que este recibo

se me asegure, o con prenda

suficiente, o aprontando

la corta suma que reza,

pues que ya no hay esperanzas

y es notorio...

DON MIGUEL.
(Con enfado.)

Tanta prisa

no es justa, don Simeón.

¿Aún no ha pasado hora y media

y ya exige usted...?

DON SIMEÓN.

Amigo,

yo he de mirar por mi hacienda.

Si seguridad bastante

no me dan, me será fuerza

acudir a la Justicia,

y a mi pesar...

EBANISTA.

Por mi cuenta

no se aflijan sus mercedes.

Es sólo una friolera.

Yo esperaré...

DON SIMEÓN.

Pues yo no.

DON BLAS.

(Con resolución, a don Simeón y al Ebanista.)

Conque... ustedes, ¿qué desean?

DON SIMEÓN.

Yo, el pago de este recibo.

EBANISTA.

Yo, nada.

ANA.

¡Qué diferencia!

DON BLAS.

(Al Ebanista.)

Pues usted, señor maestro,

por sus muebles nada tema,

que son míos. ¿Cuánto importa?

EBANISTA.

Treinta y dos duros.

DON BLAS.

Pues queda

pagárselos a mi cargo.

Si usted quiere como prenda

este reloj que salvé,

(Saca el reloj.)

Yo no sé de qué manera...

EBANISTA.

¡Qué...! No, señor... Por mi parte.

a nadie se hará molestia.

DON SIMEÓN.

(Mostrando el recibo.)

Yo presento este recibo

Y exijo que al punto sea

pagado. Si no, en el día

acudiré a quien convenga.

DOÑA RUFINA.

¡Picarón!

DON ALBERTO.

¡Vil usurero!

DON BLAS.

(Con gran frialdad, a don Simeón.)

Pues haga usted lo que quiera,

porque yo, amigo, no puedo

encargarme de tal deuda;

ni yo le he pedido nada,

ni usted nada a mí me presta.

DON SIMEÓN.

Mas, señor, por su respeto

tal cantidad sin cautela...

DON BLAS.

¿Y mandé yo a usted, acaso,

que por mi respeto diera...?

DON SIMEÓN.

¿Conque no se me asegura?

DON BLAS.

Lo que es yo..., «requien aeternam».

DON SIMEÓN.

(Sofocado.)

Pues yo sabré de esta estafa

vengarme, y con las setenas

hacerme pagar.

DON ALBERTO.

Amigo,

buena caridad es ésa.

DON SIMEÓN.

No entiendo de caridades

cuando al dinero me llegan.

Yo haré que todos ustedes

de la burla se arrepientan.

(Vase.)

DON MIGUEL.

Esperad, don Simeón.

EBANISTA.

Por mí, señores, no hay prisa.

Escena XXX

Los mismos, menos DON SIMEÓN y el EBANISTA

DOÑA RUFINA.

¡Válgame Dios!... Pero, Blas,

yo no acabo de creer

que esto verdad pueda ser;

sin duda embromando estás.

Si acaso por aburrir

a estos tacaños dijiste

que tus riquezas perdiste,

dinos ya...

DON BLAS.

¿Qué he de decir?

¡Ojalá mentira fuera!

Y, aunque hartó afligirte sientó,

no lo dudes ni un momento:

la noticia es verdadera.

Los piratas me han robado

hasta el último alfiler.

Si no, ¿me habías de ver

tan sucio y tan desastrado?

DOÑA RUFINA.

¿Conque es verdad?

DON BLAS.

¿Hay tal tema?

Sí, sin duda.

DOÑA PAQUITA.

(Con ternura.)

¡Pobrecito!

DOÑA RUFINA.

(Con repentino furor.)

Y qué, ¡pícaro maldito!,

¿lo dices con tanta flema?

DON BLAS.

¡Rufina...!

DOÑA RUFINA.
(Levantándose de la silla.)

¡Gran majadero!...

¿Se habrá visto necio tal?

¿Conque así, enorme animal,

perdiste nuestro dinero?

DON BLAS.
¡Rufina...! ¿Te has vuelto loca?

DON ALBERTO.
No dice locura alguna.

Perder así la fortuna

es necesidad, y no poca.

¿Por qué precauciones, Blas,

no tomaste?... ¿No es demencia

a la luna de Valencia

dejarnos sin más ni más?

¿Por qué un barco no fletaste

armado? ¿Por qué un convoy,

viendo lo que pasa hoy,

mentecato, no esperaste?

DON MIGUEL.

Fue muy grande necesidad

el peligro no advertir...

DON BLAS.

(Con chungá.)

¿Conque debí de venir

en el navío «Trinidad»?

DOÑA RUFINA.

¿Ahora te vienes con chistes?

¡Pues como eres tan gracioso...

DON BLAS.

Que era en extremo chistoso

no hace mucho que dijiste.

MIGUEL.

(Con desprecio.)

Todo ha sido cobardía,

y vileza todo ha sido.

¿Por qué no se han defendido?

¡Collones!

DON BLAS

(Con entereza.)

Tu valentía,
primo, alabo. Si tú hubieras
estado allí, en la sentina,
como un cuitado gallina
no dudo que te escondieras.
De tales bravos reniego,
que no es gran bravura estar
hecho sólo a blasfemar
allá, en la casa de juego.

DON MIGUEL.

Soy un militar de honor,

y tengo al lado una espada

con que daré una estocada

al mismo Cid Campeador.

DON BLAS.

¿Honor..., siendo un petardista?

¿Espada...? Suele, quizás,

traerla de adorno y no más

quien tiene lengua tan lista.

DON MIGUEL.
¿Te atreves...?

DON BLAS.
(Con resolución.)

Me atrevo, sí;

a mis hermanos aguanto;

pero, ¡por el Cielo santo!,

que no he de sufrirte a ti.

DON ALBERTO.
(Metiéndose en medio.)

¡Señores, por Dios!...

DOÑA RUFINA.
(A don Blas, con gran cólera.)

¡Gran necio!

DON BLAS.
(Con tranquilidad.)

Rufina, no te sofoques.

DOÑA RUFINA.
Vete, y más no nos provoques.

DON MIGUEL.
(Retirándose.)

Sólo merece desprecio.

DOÑA RUFINA.

Por tu venida maldita,

la más buena proporción

de tener colocación

ha perdido mi Paquita.

DOÑA PAQUITA.

Mamá, por Dios... ¡Pobre tío!

DOÑA RUFINA.

¡Mentecato!

DOÑA PAQUITA.

Al cabo es...

DOÑA RUFINA.

Sólo un perdido, un mantés.

DOÑA PAQUITA.

(Afligida.)

Lástima me da... ¡Dios mío!

DOÑA RUFINA.

(Llorando.)

Y a mí también me has quitado

mi felicidad colmada.

(A don Miguel.)

Pero no te importe nada,

no, Miguel... Aún me ha quedado...

DON MIGUEL.

(Interrumpiéndola con desdén y en voz baja.)

Calla. Después hablaremos...

No lo eches todo a perder.

DOÑA RUFINA.

Yo resuelta estoy a hacer...

DON MIGUEL.

(Con enfado.)

¡Calla, por Dios! Ya veremos.

DOÑA RUFINA.

(A don Blas, con despecho.)

Y tú, márchate de aquí.

DON BLAS.

Rufina, ¿y aquel amor

que con tan grande calor

ha un rato mostraste? Di.

DON ALBERTO.

¡Con buen recuerdo te vienes!

DON BLAS.

Conozco de esta manera

que aquel cariñazo era,

no a vuestro hermano, a sus bienes.

DOÑA RUFINA.

Muchito.

Escena XXXI

Los mismos y PASCUAL, por la derecha

PASCUAL.

Aquí está ya todo.

Pero ¡vaya una comida!

¡Qué capón! ¡Qué pastelillos!

¡Qué temblonas gelatinas!

Viene la cosa completa.

Hay dulce seco, y de almíbar

hay... ¿Qué sé yo?... Dos gallegos

lo traen en las angarillas.

DOÑA RUFINA.

¡Bestia! Puedes a la calle

tirar todo.

DON BLAS.

No en mis días,

no; porque yo he de comerlo.

PASCUAL.
(Aparte, a Ana.)

¿Qué es, Ana, esta tremolina?

ANA.
¿Qué ha de ser?... Que los demonios

nos han hecho una visita.

DOÑA RUFINA.
(Desesperada.)

Tíradlo todo a la calle.

Ya no es menester comida.

Veneno, sólo veneno

es lo que quiero.

DON BLAS.
(Admirado.)

¡Rufina!

DOÑA RUFINA.
(A don Blas.)

Te detesto... Vete al punto.

DOÑA PAQUITA.
¡Mamá!

DOÑA RUFINA.
Déjame, Paquita.

DOÑA PAQUITA.
Vamos adentro, mamá...

Será mejor...

DOÑA RUFINA.

Vamos, hija.

Por no ver a ese mostrenco

a los infiernos me iría.

DON ALBERTO.

(A don Miguel.)

Dejemos a ese perdido.

Vente, vente con Rufina.

DON MIGUEL.

Yo me voy a...

DOÑA RUFINA.

(Andando hacia la puerta de la izquierda.)

¡Qué, Miguel!

¿En tal conflicto...?

DON MIGUEL.

No, prima.

Voy a ver si de este chasco

la baraja me desquita.

PASCUAL.

Pues yo, en todo caso, iré

a custodiar mis marmitas.

(Vanse doña Rufina, don Alberto y doña Paquita por la izquierda, y don Miguel y Pascual por la derecha.)

Escena XXXII

DON BLAS y ANA

DON BLAS.

(Sin reparar en Ana.)

Pues, señor, ¡buenos parientes

he encontrado! Las noticias

que en Cádiz de ellos me dieron

eran ciertas, ¡por mi vida!

(Vase por la puerta del fondo.)

Escena XXXIII

ANA, sola

ANA.

Tú eres el rey. Ven, Blasito;

nosotros te mimaremos;

los mosquitos mataremos;

¡que haya gran silencio, chito!...

El Señor sea bendito,

que da los males y bienes;

mas del mundo en los vaivenes,

como reina el interés,

sólo hay una norma, y es:

tanto vales cuanto tienes.

Acto tercero
Escena primera

ANA y PASCUAL, que viene de fuera

PASCUAL.
Conque dime: ¿has despedido

a los lacayos?

ANA.
Sí; ahora.

Me lo mandó la señora.

Mas tú, ¿cómo lo has sabido?

PASCUAL.
Los he encontrado.

ANA.
Ya ves

el trastorno que hay en casa.

PASCUAL.

Por cierto que lo que pasa

cosa del demonio es.

¡Qué chasco!... ¡Pobre don Blas!

Yo, al pronto, no lo creí;

y, aunque en la fonda algo oí,

no pensé en ello jamás.

ANA.

Lance es de marca mayor.

A mí lástima me han dado.

PASCUAL.

Quien a mí me la ha causado

es el bueno del señor.

Y también la señorita;

mas por el ama...

ANA.

En verdad

que su necia vanidad

y su condición maldita

no merecen compasión.

PASCUAL.

Pues ¿y el señor capitán?

ANA.

¡Cuántos a galeras van

que más hombres de bien son!

PASCUAL.

¡No sabes qué trucha es!

Si yo te dijera a tí...

ANA.

Y ¿qué tardas, Pascual? Di...

PASCUAL.

No, que me dirás después

que soy un grande hablador.

Pero has de saber... No quiero.

ANA.

(Acariciándole.)

Cuéntame... ¡Anda, majadero!

Pascualito..., hazme el favor...

PASCUAL.

¡Qué curiosa!... Al fin, mujer.

ANA.

Y si es cosa de los amos

dime, Pascual: ¿a qué estamos,

sino a murmurar y oler?

PASCUAL.

Pues ofréceme secreto,

porque es cosa de importancia.

ANA.

Dime sólo la sustancia,

que yo callarlo prometo.

PASCUAL.

(Mirando a todas las puertas para asegurarse que nadie les oyese.)

Pues has de saber que él,

en cuanto la plata olió,

casarse al punto trató.

ANA.

(Con gran curiosidad.)

¿Quién, Pascual? ¿Quién?

PASCUAL.

Don Miguel.

Pero ¿a que nadie adivina

la novia?...

ANA.

¡Ya! La muchacha.

PASCUAL.

Hablas como una borracha.

Pretende a doña Rufina.

ANA.

Anda, embrollón, embustero,

PASCUAL.

¿Piensas que es mentira?

ANA.

Sí.

PASCUAL.

Pues, amiga, yo lo oí.

ANA.

¡Mucho deslumbra el dinero!

Pero... ¿cómo...?

PASCUAL.

Hace tres días

que yo ahí dentro oculto estaba,

y aquí la señora hablaba

con su primo boberías.

Me puse atento a escuchar,

y el capitán empezó

a decirle.... ¿qué sé yo?,

cosas para reventar.

ANA.
(Dudosa.)

¡Calla, bruto!

PASCUAL.
Pues si callo,

¿cómo te lo he de decir?

Era cosa que reír

hiciera, no a mí, a un caballo,

ver a la vieja hacer quiebros

y al taimado capitán,

muy rendido y muy galán,

flores echarle y requiebros.

ANA.
¿Conque ambos se enamoraban?

PASCUAL.
Pero con muy casto intento,

pues de santo casamiento

y de nada más trataban.

Que ya hacía muchos años

que se abrasaba en su fuego,

que estaba por ella ciego

y otras locuras y engaños

el capitán le decía,

y la vieja se miraba,

«picarillo» le llamaba

y los labios se mordía.

ANA.

¡Muy lindo paso, por Dios!

PASCUAL.

Pues ayer los encontré

de nuevo, y me agazapé

para escuchar a los dos.

Volvieron a los amores

y a reconcomerse el ama,

a hablar de pasión y llama

y a equivoquillos y a flores,

y después, el muy taimado,

más astuto que el demonio,

le propuso matrimonio

con muy grande desenfado.

ANA.

Y ¿en qué quedaron por fin?

PASCUAL.

En que se hizo de rogar,

¿quién tal pudiera pensar?,

el quintañón serafín.

ANA.

¿Cómo?

PASCUAL.

A pesar de que estaba

hecha una jalea toda,

a la apetecida boda

obstáculos encontraba,

diciendo que a perder iba

el título de marquesa,

y que era una cosa ésa

para ella muy cuesta arriba.

Pero el remedio dispuso

el galán, como discreto,

y matrimonio secreto

al instante le propuso.

ANA.

¿Y aceptó?

PASCUAL.

¿Qué había de hacer?

Si un novio se le presenta

cuando ha cumplido cuarenta,

¿lo desprecia una mujer?

ANA.

¡Jesús!... ¿A tal vieja quiere?

PASCUAL.

El sólo quiere pillar

dinero para jugar,

y venga como viniere.

ANA.

(Recapacitando.)

¡Válgame Dios!... Pero ahora

me haces sospechas tener

de cosas que he visto hacer

al primo y a la señora.

Es cierto. Desde que vino

la carta muy servicial

anda don Miguel, Pascual;

muy obsequioso y muy fino.

Con la primita a paseo,

a misa con la primita...

¡Miren la vieja maldita,

que aún le gusta el galanteo!

Mas ya que llevó el demonio

las esperanzas en flor,

también llevará este amor

y el tratado matrimonio.

PASCUAL.

Pues que de secretos va,

decirte otro es menester;

mas también me has de ofrecer

callarlo.

ANA.

Dímelo ya.

PASCUAL.

Has de saber... Pero no.

Acierta de dónde vengo.

ANA.

(Con impaciencia.)

¿Cómo? ¿De acertarlo tengo?

De..., de... Pascual, ¿qué yo?

PASCUAL.

De casa de don Juanito.

ANA.

¿De quién, hombre?

PASCUAL.

De don Juan,

el que era novio o galán

de la niña.

ANA.

¡Habrás maldito!...

¿Te has echado a corredor...?

PASCUAL.

¿A qué?

ANA.

A traer y a llevar;

a componer y a ajustar

inconvenientes de amor.

PASCUAL.

¡Calla, lengua viperina!

Si yo a don Juan he buscado,

es porque me lo ha mandado

el ama doña Rufina.

¡Pues muy bonito soy yo

para el papel de tercero!

ANA.

No te enfades, majadero.

PASCUAL.

¿Yo alcamoses...? Eso no.

ANA.

No te amosques, no, Pascual,

que ofenderte no es mi intento.

Además, que en casamiento

intervenir no es gran mal.

PASCUAL.

Hija, yo en nada intervengo,

si de hombre y mujer se trata,

ni por cien montes de plata;

que de gente honrada vengo.

Si a buscar a don Juan fui,

con recado fue del ama.

ANA.

¿Qué quiere de él?

PASCUAL.

Que lo llama.

ANA.

¿Le pide que venga?

PASCUAL.

Sí.

Como el diablo la fortuna

del indiano se llevó,

busca al que antes despreció.

ANA.

No tiene vergüenza alguna.

Pero, Pascual, ¿qué recado

te dio la señora? Di.

PASCUAL.

Que al momento venga aquí.

ANA.

¿Y tú a don Juan se lo has dado?

PASCUAL.

Sin duda. Y lo bueno está

que me encargaron lo diera

como que de parte era

de la señorita.

ANA.

Ya.

PASCUAL.

Mas yo no quise mentir,

y le dije que es el ama

quien con tal prisa lo llama.

ANA.

Y él, ¿ha quedado en venir?

PASCUAL.

No sé. Había mucha gente

en la tienda, y un criado

me dijo que le había dado

a su padre un accidente

por cierta mala noticia...

ANA.

(Sorprendida, mirando a la puerta del fondo.)

¡Ay, que viene aquí don Blas!

PASCUAL.

Y ¿qué importa?

ANA.

Que... quizás...

PASCUAL.

No tiene tanta malicia.

Escena II

Los mismos y DON BLAS, por el fondo

DON BLAS.

(Con una carta en la mano.)

Hazme, Pascual, el favor

de llevar en el momento

esta carta.

PASCUAL.

Como un viento

voy a servirlos, señor.

DON BLAS.

Nombre y señas puedes ver

en el sobre, y diligente...

PASCUAL.

Sólo hay un inconveniente,

y es que yo no sé leer.

DON BLAS.

Pues imponte. Dice así:

(Leyendo el sobre.)

«A don Juan Antonio Greda,

en el Arco de la Seda,

número tres.» ¿Estás? Di.

PASCUAL.

(Tomando la carta.)

¡Toma, toma!... ¿Que si estoy...?

Ya conozco al perillán.

(A Ana.)

Ana, ¡si es nuestro don Juan!

Al momento, señor, voy.

DON BLAS.

¿Le conoces?

PASCUAL.

¡Pues si era

novio de la señorita!

DON BLAS.
(Con interés.)

¿De mi sobrina Paquita...?

PASCUAL.
(Viendo que Ana le hace señas.)

Voy al punto.

DON BLAS.
(Deteniéndole.)

Escucha, espera.

¿Este don Juan será, pues,

quien con mi sobrina estaba

concertado y que la amaba

con tanta ternura?

PASCUAL.
Él es.

DON BLAS.
(Suspenso.)

Pues entonces... Sí...

(Con resolución.)

Al instante

la carta le has de entregar,

en su mano y sin tardar.

Mira que es interesante.

Escena III

DON BLAS y ANA

DON BLAS.

(Sin reparar en Ana.)

Muy bueno el saber ha sido

que es éste el mismo don Juan

el novio amable y galán

por mi causa despedido.

(Reparando en Ana.)

Hola!... ¿Aún estabas aquí...?

¿Dónde mi hermana Rufina,

dónde mi hermosa sobrina

se encuentran? Muchacha, di.

ANA.

Como le dio a la señora

la jaqueca...

DON BLAS.

¿Mala está?

ANA.

En cuanto rabia le da

esto que le ha dado ahora.

DON BLAS.

Pero... ¿no es cosa de cama...?

ANA.

¡Qué! No, señor; no hay cuidado.

Tal vez ya le habrá pasado...

Sin duda, porque me llama.

(Mirando a la izquierda.)

Aquí me pienso que viene.

DON BLAS.

¿Viene aquí? Pues yo me voy,

porque conociendo estoy

que ya poco amor me tiene.

Escena IV

ANA, sola

ANA.

¡Qué amable es! ¡Pobrecito!

¡Y con qué paciencia lleva
sus desgracias!... Esto prueba
que tiene un genio bendito.

Escena V

ANA y DOÑA RUFINA

DOÑA RUFINA
(Enojada.)

¿Nunca has de contestarme

por más voces que doy cuando te llamo?

¡Vaya, en desesperarme cifras tu gusto!... ¿Dónde está tu amo?

¿Fue tal vez a paseo?

ANA.
Que allá en su cuarto está, señora, creo.

DOÑA RUFINA.
Y Pascual, ¿ha venido...?

Porque, si no me engaño, hace un minuto

que charlar le he sentido.

ANA.
Ha vuelto, sí, señora.

DOÑA RUFINA.
Y el gran bruto,

¿por qué de mi recado

la debida respuesta no me ha dado?

Que venga en el momento.

ANA.

Otra vez me parece que ha salido.

DOÑA RUFINA.

¡Hay tal atrevimiento!...

Sin duda a la taberna se habrá ido.

ANA.

Don Blas le dio una carta...

DOÑA RUFINA.

(Furiosa.)

Blas de desesperarme no se harta.

Y ¿quién, ¡por vida mía!,

le mete en disponer de mis criados?

Mucho mejor haría

en irse y en dejarnos descansados.

Pues se engaña, por cierto,

si piensa aquí dormir. ¡Alberto, Alberto!

Escena VI

Los mismos y DON ALBERTO, sin uniforme

DON ALBERTO.

¿Qué me quieres, hermana?

DOÑA RUFINA.

Tengo que hablarte.

(A Ana, que se retiraba.)

Dime: ¿despediste

a los lacayos, Ana?

ANA.

(Desde la puerta.)

Sí, señora.

DOÑA RUFINA

¿Y su ropa recogiste?

ANA.

También.

DOÑA RUFINA.

Dile a Paquita

que venga.

ANA.

Voy.

(A parte.)

¡Qué vieja tan maldita!

(Vase.)

Escena VII

DOÑA RUFINA y DON ALBERTO

DON ALBERTO.

Pues, hermana, ¿qué ha ocurrido?

DOÑA RUFINA.

Mil cosas que hablar tenemos.

Muy grandes son los apuros,

y es fuerza buscar remedio,

y tomar nuestro partido

con este hermano tan necio.

Si se queda con nosotros,

será insoportable peso.

Y su ordinariez, su facha

y sus bajos pensamientos

van, sin duda, a abochornarnos

y a descubrir mil secretos.

Todo podía soportarse

en gracia de su dinero;

pero perdido el tesoro...

DON ALBERTO.

Por mí, váyase al momento.

Tus temores son fundados;

haz lo que quieras.

DOÑA RUFINA.

Yo quiero

decirle que no es posible

tenerle en casa más tiempo,

y tal vez, por aburrido,

viéndose aislado y sin medios,

se ausentará de Sevilla,

y por mí, vaya al infierno,

con tal que de aquí se aleje.

DON ALBERTO.

Pero entre tanto, remedio

nuestra situación no tiene;

y no tan sólo nos vemos

con toda nuestra esperanza

convertida en humo y viento,

sino privados también

del apoyo y de los medios

que la boda de la chica

con aquel joven tendero

nos iba a proporcionar.

DOÑA RUFINA.

Para hablarte, hermano, de eso

te llamo precisamente.

¿Piensas tú que yo me duermo?

Ya al don Juan (que es un cuitado,

un niño a quien le daremos

papilla, si tú me ayudas)

un recado muy atento

de parte de mi Paquita

le he enviado; y sé de cierto

que no se hará de rogar,

porque de amor está ciego.

DON ALBERTO.

La muchacha estará loca

con tal nueva de contento.

DOÑA RUFINA.

Mira tú si es mentecata,

que se opone a todo esto,

pensando que es vergonzoso,

tras de los desaires hechos,

llamarle; y es tan menguada,

que ni aun verle quiere.

DON ALBERTO.

¡Bueno!

¡Es una alhaja Paquita!

DOÑA RUFINA.

Es necia con todo extremo.

Yo le he estado predicando,

pero todo sin efecto,

y ahora la mandé llamar,

a ver si entrambos podemos

recabar de ella que al novio

trate de empeñar de nuevo.

Ni otro camino nos queda,

y si en humo se volvieron

todas nuestras esperanzas

por ese Blas tan mostrenco,

agarrarnos es preciso

aunque sea a un clavo ardiendo.

Este buen don Juan de Greda,

aunque es también otro necio,

al fin dota a la muchacha,

tiene crédito y dinero,

y en atrapándolo aquí,

a mi cargo queda luego

disponer de sus talegas,

hacerle que tome apego

a los títulos y honores,

que dé un puntapié al comercio

y que con todas sus fuerzas

ayude nuestros intentos,

y a dar al pobre Miguel

(que está al fin a cargo nuestro)

con que adelantar consiga

su carrera.

DON ALBERTO.

Desde luego,

DOÑA RUFINA.

Pues aquí Paquita viene.

DON ALBERTO.

Al fin la convenceremos.

Escena VIII

Los mismos y DOÑA PAQUITA, sin el collar

DOÑA PAQUITA.

Mamá.

DOÑA RUFINA.

Ven acá, hija mía.

Preciso es que te convenzas

de que es ya llegado el día

(como ha poco te decía)

en que a ti misma te venzas.

Aunque, según imagino,

no habrá mucho que vencer,

si es que el loco desatino

de aquel tierno amor, tan fino,

se encuentra en el mismo ser.

Don Juan luego ha de venir,

que en tu nombre se ha llamado.

Tú aquí lo has de recibir,

y bien le puedes decir

que lo tratado, tratado.

DON ALBERTO.

Sí, sobrina; yo he de ser

el padrino de la boda.

Ya puedes, hermosa, ver

cómo de nuevo encender

de ese novio el alma toda.

DOÑA PAQUITA.

¡Válgame Dios!... ¿Y ha enviado

usted de cierto, mamá,

a don Juan el tal recado,

por mí tan desaprobado?

¡Jesús, Jesús!... ¿Qué dirá?

DOÑA RUFINA.

Nada; vendrá; y está en ti,

si lo ha ofendido el rigor

con que se le echó de aquí,

saber disculparme a mí,

que todo lo alcanza amor.

DOÑA PAQUITA.

¡Y qué!... ¿Yo le he de rogar,

tras de ofensa tan reciente?

Me abochorno de pensar

lo que él puede imaginar

y lo que hablará la gente.

DON ALBERTO.

Anda, tonta; así se ceban

estos rendidos amantes:

mientras más desaires prueban,

y mayores golpes llevan,

son más firmes y constantes.

Dale tú una miradita,

culpa su poco tesón,

echa alguna lagrimita,

y al punto verás, Paquita,

que él mismo pide perdón.

DOÑA PAQUITA.

(Con resolución.)

Yo esas intrigas no sé,

ni pienso que valen nada.

Amo a don Juan, bien se ve;

mas nunca le rogaré.

Su venida es excusada.

DOÑA RUFINA.
(Alterada.)

¿Ves lo que te he dicho, Alberto?

Es muy gran bestia esta niña.

No hay que pensar en concierto.

DOÑA PAQUITA.
Mamá, motivo, por cierto,

no doy de que usted me riña.

DOÑA RUFINA.
Sí, mentecata. ¿No ves

que ya en hacerse esta boda

se ofrece grande interés,

porque él sólo apoyo es

para tu familia toda?

DON ALBERTO.
Lo que yo juzgo, Rufina,

es que poco amor le tiene

al tal don Juan mi sobrina,

cuando no se determina

hablarle como conviene.

DOÑA PAQUITA.

Y ¡qué engañado está usted!

Que mi amor es verdadero

harto se prueba y se ve

tan sólo con notar que

degradarme ante él no quiero.

Y porque le adoro yo,

que volviera el mismo día

en que de aquí se le echó

y en que tanto oprobio oyó,

con el alma sentiría;

porque un hombre ha de tener,

para ser amado, honor,

como debe una mujer

que querida quiere ser,

tener vergüenza y pudor.

DOÑA RUFINA.
Ésas son filosofías

de las novelas fatales,

y con esas tonterías

siempre quedan para tías

las niñas sentimentales.

DOÑA PAQUITA.
¿Qué novelas leo yo?

DOÑA RUFINA.
No repliques, niña, más.

Mi paciencia se acabó,

y hoy mismo, quieras o no,

con don Juan te casarás.

DOÑA PAQUITA.
Con el alma lo deseo;

ya lo he dicho muchas veces;

mas poderlo alcanzar creo

sin dar ningún paso feo.

DON ALBERTO.

Ya ésas son ridiculeces.

DOÑA RUFINA.

Lo que yo te mande harás;

obedecerme es lo cierto.

¡Pues no nos faltaba más!

¿Has visto, dime, jamás

tan terca muchacha, Alberto?

Escena IX

Los mismos y DON BLAS, que sale de su cuarto

DON BLAS.

Mucho de encontrar me alegre

junta la familia toda

para que hablemos un rato

y arreglemos nuestras cosas.

DOÑA RUFINA.

¡Pues no está mala embajada

con la que sales ahora! ¿Qué tenemos que arreglar?

Es ocurrencia graciosa
que quien perdió su fortuna
de una manera tan tonta
venga con tan necio orgullo
a arreglar ajenas cosas.

DON BLAS.
(Con mucha calma.)

Rufina, de mi desgracia
culpa ninguna me toca;
sí el enorme peso de ella,
pues la pérdida no es floja.
Mas ya remedio no tiene;
por lo cual, hermana, todas
las riñas, reconvenciones
y quejas están de sobra.

La pena que habéis mostrado
al saberlo fue muy propia

del interés y el cariño

que debéis a mi persona;

mas ya pasó aquel momento,

y con más calma y pachorra,

como muy buenos hermanos,

que el fin lo somos, ahora

arreglaremos el modo

de vivir en paz.

DOÑA RUFINA.

(Interrumpiéndole con viveza.)

¿Con bromas

te vienes?... Por vida mía,

que tu vergüenza es bien poca.

DON BLAS.

Escucha, Rufina, un rato.

Muy de prisa te amontonas.

DOÑA RUFINA.

¿Escucharte? ¡Bueno fuera!

Yo no sé por qué no tomas

como debes tu partido.

Que en esta casa incomodas,

debes ya de conocer.

DOÑA PAQUITA.

¡Jesús!... ¡Mamá!

DOÑA RUFINA.

¡Calla, tonta,

y vámonos allá dentro

a tratar de lo que importa,

ya que ha osado interrumpirnos

este necio.

DON BLAS.

(Con mucha paciencia.)

Te alborotas,

hermana, muy pronto. Escucha.

DOÑA RUFINA.

Sólo el verte me rebota.

DON BLAS.

¡Rufina!

DOÑA RUFINA.

(A don Alberto y a doña Paquita.)

Vamos adentro.

DON ALBERTO.

Tu enojo, hermana, reporta.

Escuchémosle, que al cabo...

DON BLAS.

(A don Alberto.)

Ella se altera y sofoca

porque ha juzgado que todo

se ha perdido, y se equivoca.

Pues aún tenemos bastante

para pasar sin zozobras,

no sólo una vida buena,

sino vida regalona...

DOÑA RUFINA.

(Confusa y tomando un aire amable y tranquilo.)

Pues qué, ¿se ha salvado algo...?

Eso, Blas. es otra cosa.

DON ALBERTO.

¿Lo ves, Rufina?... ¿Lo ves?...

Ten cachaza; no seas boba.

DOÑA RUFINA.

Conque di, Blas: ¿aún podemos...?

DON BLAS.

Como sé que te incomoda

cuanto digo, no me atrevo...

DOÑA RUFINA.

No me incomoda. Perdona.

Habla, pues. Conque di; ¿todo

no se ha perdido?

DON BLAS.

(Tomando una silla y presentándosela a doña Rufina.)

No. Toma

esta silla y está atenta.

Paca, Alberto: tomad otras

y en gracia de Dios hablemos

como la gente de forma.

(Acercan sillas doña Paquita y don Alberto, y se sientan.)

DOÑA RUFINA.

(Sentándose.)

Bien; me sentaré.

DON ALBERTO.

Sí, hermana.

DOÑA RUFINA.

(A don Blas, con cariño.)

Dinos pues, fuera de broma,

qué has salvado y con qué suma...

DON BLAS.

(Sentándose.)

Voy allá. La tarde toda

en calcular he pasado

los recursos que aún nos sobran,

y encuentro que son bastantes

para no andarse a la sopa.

En verdad, no viviremos

con la grandeza y la pompa,

que mis perdidos tesoros

prometían, mas ¿qué importa,

si con lo que conservamos,

con decoro y sin tramoyas,

y sin apuros podemos

gozar de la «vita bona»?

DOÑA RUFINA.
(Impaciente.)

¿Y cuáles son los recursos...

Explícate más.

DON BLAS.
Ahora.

DOÑA RUFINA.
¿Dejastes algunos fondos

allá en Lima, y a personas

de probidad?

DON BLAS.
Ni una hilacha

dejé en tierra tan remota.

DOÑA RUFINA.
¿Pues en letras, por ventura,

traías...?

DON BLAS.
¡Qué! De otra cosa

muy distinta voy a hablaros.

DOÑA RUFINA.
(Muy inquieta.)

Pues acaba: no seas posma.

DON BLAS.

Ten paciencia, ten paciencia.

DON ALBERTO.

(A doña Rufina.)

Sí; escucha.

DOÑA RUFINA.

¡Jesús, qué sorna!

Me estoy haciendo harinilla.

DON BLAS.

Yo tengo buena memoria,

y me acuerdo, hermanos míos,

que en mi época venturosa

tres veces os he enviado

cantidades, y no cortas.

La primera, veinte mil

duros: conservo la nota;

otros diez mil, la segunda,

y ocho mil, aún no hace ahora

tres años, y los recibos,

como vuestras cartas propias,

que tomasteis estas sumas

justifican y denotan.

DOÑA RUFINA.

¿Ves con lo que sale, Alberto?

DON BLAS.

(Con resolución.)

¿No he de lograr que me oigas

sin interrumpirme un rato?

DON ALBERTO.

Escuchemos.

DOÑA RUFINA.

¡Dale, bola!

DON BLAS.

Yo no dudo, hermanos míos,

que estas cantidades todas

se emplearon cual previne,

y que fincas productoras

habéis con ellas comprado,

y de que así fue me informa

lo que dicen vuestras cartas.

Pues si hay propiedad, ¿qué importa

la desgracia que he sufrido?

Con su producto, que monta

por mi cuenta a dos mil pesos,

puede la familia toda

vivir descansadamente.

Además, esa bambolla

del uniforme de Alberto

producirá alguna cosa;

pues si nada produjera

fuera una gala bien tonta.

Tu marquesado, lo mismo.

Y harto que estáis bien denota

ver que tenéis dos lacayos,

vajilla de plata y otras

comodidades y aun lujos,

que nunca los pobres logran.

¿Os faltará economía?

Pues a mí, que de estas cosas

entiendo, el manejo dadme...

DOÑA RUFINA.

(Se levanta, interrumpiéndole, muy irritada.)

De escucharte estoy absorta.

¿Nos vienes a pedir cuentas?...

¡Pues no faltaba otra cosa!

¿Cómo, atrevido, insolente,

necio, gobernarnos osas?

Que aquí tengamos o no,

que en fincas o en zanahorias

se emplearon las miserias,

que encareces con tal pompa

que falte o no economía,

a ti, bruto, ¿qué te importa?

Vuélvete a ser marinero

o aljamel, que con tu tosca

facha y tus sucios modales

jamás serás otra cosa,

y déjanos en paz ya.

(Todos se levantan.)

DON BLAS.

(Sorprendido.)

¡Rufina!

DOÑA RUFINA

Vete a una fonda.

Ponte al momento en la calle.

DOÑA PAQUITA.

¡Mamá, mamá!...

DOÑA RUFINA.

¿Qué hay, mocosa?

¿También quieres reprenderme?

¡Pues digo a usted que es historia...!

DON ALBERTO.

(Muy apurado.)

Rufina..., por Dios...

DOÑA RUFINA.

Hermano.

¿quién la cólera reporta

oyendo hablar a ese necio,

y quién, di, no se sofoca

viendo a esta insolente niña

encaramarse a doctora?

Como se parece tanto

en lo vulgar y en lo tonta

a ese zafio, a ese perdido,

su parte y defensa toma...

DOÑA PAQUITA.

(Afligida.)

Yo..., mamá...

DOÑA RUFINA.

(Furiosa.)

Calla, Paquita.

Vete de aquí... ¡Vete, loca!

DOÑA PAQUITA.

(Llorando.)

Ya me voy.

DOÑA RUFINA.

Vete al instante;

jamás ante mí te pongas,

si no de una bofetada

te baño en sangre la boca.

(Vase doña Paquita por la derecha.)

Escena X

Los mismos, menos DOÑA PAQUITA

DOÑA RUFINA.

Y tú, Blas, ya lo has oído,

aquí, en casa, nos estorbas.

Antes que la noche llegue

dispón, pues, de tu persona.

DON BLAS.

(Asombrado.)

¿Hablas de veras, Rufina?

¿De tu casa así me arrojas?

DOÑA RUFINA.

Sí; como lo has escuchado.

DON BLAS.

¡Y cuando he perdido toda

mi fortuna! ¿Qué recurso...?

DOÑA RUFINA.

Amigo, pide limosna,

que a mis costillas no quiero

holgazanes de tu estofa.

Y pues tanto deseabas

vivir en el campo, ahora

métete fraile cartujo.

DON BLAS.

Tu consejo me enamora.

DOÑA RUFINA.

Pues, señor, lo dicho, dicho.

Yo en mi casa mando sola.

No quiero tenerte en ella.

¡Adiós, Blas! Estás de sobra.

(Vase doña Rufina por la derecha.)

Escena XI

DON ALBERTO y DON BLAS

(Deteniendo a don Alberto, que va detrás de doña Rufina.)

DON BLAS.

Hermano, escúchame, espera.

¿Rufina se ha vuelto loca?

¿Qué demonios la provoca

a hablarme de esta manera?

¿Por qué es esta furia, Alberto?...

Es una pobre mujer,

y yo caso no he de hacer

de su rabia y desconcierto.

Pero tú que al cabo eres

la cabeza de la casa,

en vista de lo que pasa

di qué he de hacer; di qué quieres.

DON ALBERTO.

(Confuso.)

Yo..., Blas... En todo a Rufina

procuro siempre dar gusto

y a su dictamen me ajusto.

DON BLAS.

Ya sé yo que te domina.

DON ALBERTO.

Ella tiene gran talento...,

y con razón dice, Blas...

DON BLAS.

¿Conque diciéndome estás

que me vaya en el momento?

DON ALBERTO.

Nada digo..., Blas... Adiós;

voy a ver lo que ella manda.

DON BLAS.

Haces bien, Alberto; anda...

¡Lástima me dais los dos!

Escena XII

DON BLAS, solo

DON BLAS.

(Después de una larga pausa.)

Ya no hay duda. Bien claro he descubierto,

y Dios de que me pesa es buen testigo,
que cuanto me informó mi fiel amigo
de mi grata familia es harto cierto.
Pero, ¡ay!, me es cara, y aún a dar no acierto
a su conducta bárbara conmigo,
y a su ambición y orgullo aquel castigo
que merece tan loco desconcierto.
Mas si trató mi amor de disculparlos
en el primer momento, ¿a sangre fría
no acabo más feroces de encontrarlos?
Tengan el premio y muera mi alegría,
que en hacerlos felices y abrazarlos
y en gozar sus cariños consistía.

Escena XIII

DON BLAS y DOÑA PAQUITA, que sale de su cuarto y trae un pequeño bulto liado en el pañuelo.

DOÑA PAQUITA.

(Vergonzosa y cortada.)

Tío...

DON BLAS.

(Con mucho cariño.)

Sobrina mía,

¿qué buscas?... Dilo presto.

Mas ¿por qué tan turbada?

¿Qué llanto es ése que en tus ojos veo?

Di...: ¿qué tienes, hermosa?

DOÑA PAQUITA.

¡Ay tío! Yo no puedo

manifestar bastante

lo que me aflige de mi madre el genio,

ni la terrible pena

que allá en el alma siento

al ver cómo se porta

con usted, que parece ser tan bueno.

DON BLAS.

¡Qué quieres, inocente!

Desengaños son estos
que lo que puede muestran
el interés en los humanos pechos,
y que los hombres sólo
halagan al dinero
y al poder consideran,
burlándose de amor y parentesco,
porque almas corrompidas
no abrigan los afectos
que pueden por sí solos
proporcionar dulzuras y consuelos.

DOÑA PAQUITA.

¡Ay! De usted la venida,

y sin usted saberlo,

me sumió para siempre

en un mar de dolor y de tormentos.

Las dulces esperanzas

que alentaban mi pecho

por causa de usted, tío,

volaron ya como engañoso sueño.

Y, a pesar de este daño

tan grande que me ha hecho,

inspira el alma mía

tierno cariño y singular respeto.

DON BLAS.

(Abrazándola con ternura.)

Llega a mis brazos, niña.

No sabes el consuelo

que tus dulces palabras

difunden, ¡ay!, que en mi angustiado pecho.

DOÑA PAQUITA.

Una cosa quería.

DON BLAS.

¿Qué quieres...? Dilo luego.

DOÑA PAQUITA.

¿Y usted, tío, me ofrece

que no se enfadará...?

DON BLAS.

Dilo sin miedo.

DOÑA PAQUITA.

Harto, señor, conozco

que la suerte le ha puesto

en el mayor apuro

en que puede encontrarse un hombre recto;

y para remediarlo, de todo el Universo

tener quisiera, tío,

no las riquezas, no, sino el imperio;

mas ya que no me es dado

tanto como deseo,

lo que puedo ofrecerle

con toda el alma y corazón le ofrezco.

(Desenvuelve el pañuelo y saca una cajita que contiene el collar de perlas y los pendientes.)

Estas hermosas perlas,

este rico aderezo,

que usted, tan generoso,

me dio sin conocerme, le devuelvo.

Su valor usted sabe;

que lo tome le ruego,

y con su importe, tío,

sin apuros vivir podrá algún tiempo.

DON BLAS.

(Admirado.)

¿Qué pretendes, muchacha?

¿Niña, qué estás diciendo?...

DOÑA PAQUITA.

(Con resolución.)

Si usted, señor, lo acepta,

me hará la más feliz del Universo.

DON BLAS.

No lo dudo, hija amada,

porque sé que es el premio

de acciones semejantes

el sabroso placer de haberlas hecho.

(Abraza con ternura a doña Paquita.)

¿Qué puedo responderte?

Nada. Vuelve a mi seno,

porque voces me faltan

conque explicar lo que en mi alma siento.

(Vuelve a abrazarle.)

DOÑA PAQUITA.

(Con cariño.)

Conque usted lo recibe...?

DON BLAS.

(Con gran ternura.)

Recibirlo no debo.

Disfrútalo, sobrina,

pues prenda es ya de mi cariño tierno.

DOÑA PAQUITA.

Una vez le he estrenado.

Ya le he tenido al cuello...

Ahora usted lo disfrute.

¡Ah!, no me prive usted de ese consuelo.

DON BLAS.

Pero Paquita amada.

DOÑA PAQUITA.

Yo usarle ya no puedo,

porque es de mucho lujo

para la situación en que nos vemos.

Además, francamente,

si acaso lo conservo,

pronto estará empeñado.

Pronto...

DON BLAS.

(Muy enternecido.)

Basta, Paquita. Te comprendo.

Le tomo..., sí; le tomo..

(Toma la cajita y mirando a la puerta de la izquierda, dice):

Alguien viene... No quiero

que me encuentren llorando.

No te arrepentirás de lo que has hecho.

(Vase a su cuarto.)

Escena XIV

DOÑA PAQUITA y PASCUAL, por la izquierda

PASCUAL.

Buen ánimo, señorita.

Ya está en casa aquel zorzal.

DOÑA PAQUITA.

(Volviendo en sí.)

¿Quién dices que está, Pascual?

PASCUAL.

Una agradable visita.

(Vase por la puerta del fondo.)

Escena XV

DOÑA PAQUITA y DON JUAN, por la derecha

DOÑA PAQUITA.

(Sorprendida.)

¡Ay Jesús!...

DON JUAN.

(Turbado.)

¡Oh trance fuerte!

¡Cuánto el encontraros siento!

DOÑA PAQUITA.

(Confusa.)

¿El verme os da sentimiento...?

DON JUAN.
(Abatido.)

Tal es, Paquita, mi suerte.

DOÑA PAQUITA.
Si supierais...

DON JUAN.
¿Qué, mi bien?

DOÑA PAQUITA.
Lo que ha pasado en mi casa...

DON JUAN.
¡Ay!, lo que en la mía pasa

es lastimoso también.

DOÑA PAQUITA.
(Asustada.)

¿Qué decís? Pues ¿qué sucede?

DON JUAN.
¿Por qué lo queréis saber?

Quien infeliz ha de ser,

con nada evitarlo puede.

Yo al momento que os perdí

empecé a serlo, Paquita,

y la suerte precipita

hoy sus males sobre mí.

DOÑA PAQUITA.

(Turbada.)

No os entiendo... ¿Habéis venido

porque un recado... quizás...

DON JUAN.

Paquita, el ver a don Blas

a esta casa me ha traído.

Escena XVI

Los mismos y DOÑA RUFINA

DOÑA RUFINA.

(Muy contenta.)

Bien, muy bien. Así me agrada.

Como tórtolos están.

Muy bien venido, don Juan.

Paca, ¿estás ya consolada?

DON JUAN.

(Con seriedad.)

¡Señora!

DOÑA RUFINA.

Desde el balcón

venir, gozosa, os he visto

tan lindo mozo y tan listo...

Buena, Paca, es tu elección.

DON JUAN.

¡Señora!

DOÑA RUFINA.

¡Qué!... ¿Está enojado?

No se haga usted retrechero,

pues bien sabe, caballero,

que siempre se le ha estimado.

DON JUAN.

Me admiro...

DOÑA RUFINA.

(Con viveza.)

¿Mimos queréis?

Pues pelillos a la mar,

y vamos a concertar

que luego, luego, os caséis.

DON JUAN.

Advertid, señora, que

ya de muy distinto modo...

DOÑA RUFINA.

No conoce usted que todo

por probarle sólo fue.

(A doña Paquita.)

Desengáñele, hija mía;

conténtale... Dile, pues...

DOÑA PAQUITA.

(Avergonzada.)

¡Jesús, mamá!

DOÑA RUFINA.

Todo es

cariño y zalamería.

DON JUAN.

Es otro tiempo, señora;

no a tratar amores vengo.

Hartos infortunios tengo

que me atormenten ahora.

DOÑA RUFINA.

¿Tan presto se os fue el amor?

DON JUAN.

(Afligido.)

¡Ay! Del triste pecho mío

jamás saldrá, yo lo fío,

para tormento mayor.

DOÑA PAQUITA.
(Con vehemencia.)

¡Ay don Juan!... ¡Mamá!...

DOÑA RUFINA.

Al momento

vuestro deseo veréis...

DON JUAN.
Por piedad, no acrecentéis

mi dolor y mi tormento.

DOÑA RUFINA.
¡Qué! ¿No queréis a Paquita?

DON JUAN.
(Con muestras de gran dolor.)

Con toda el alma la adoro,

es mi bien, es mi tesoro;

mas la suerte me la quita.

DOÑA RUFINA.
Ya es vuestra.

DON JUAN.
No lo será.

DOÑA PAQUITA.

¿Qué escucho?... ¡Cielos!

DON JUAN.

Señora...,

mi corazón, ¡ay!, la adora;

pero la he perdido ya.

DOÑA RUFINA.

No os entiendo. ¿Vos perderla?

DON JUAN.

Sí... Cuando la pretendía,

medios de sobra tenía

con que poder mantenerla.

Pero acabo de quebrar.

Ya mi casa está perdida;

y a quien adoro, en mi vida

podré, señora, engañar.

DOÑA PAQUITA.

¡Ay de mí!... ¡Cielos!, ¿qué dice...?

(Como queriendo abrazar a don Juan.)

¡Oh don Juan...!

DOÑA RUFINA.

(Conteniéndola.)

Niña, contente.

DOÑA PAQUITA.

¡Mamá!

(Corre a sentarse en la silla más inmediata con muestras de desmayarse.)

DOÑA RUFINA.

(A don Juan, con enfado.)

¡Jesús!... ¡Qué imprudente

que está usted!

DON JUAN.

¡Soy infelice!

DOÑA RUFINA.

(Se acerca a su hija, y dice, gritando):

¡Ana!... Ven, Ana... Ven presto.

Escena XVII

Los mismos y ANA, apresurada

ANA.

¿Qué ha ocurrido?

DOÑA RUFINA.

Agua al instante.

DON JUAN.

¿Hay martirio semejante?

ANA.

(Acercándose con cariño a doña Paquita.)

Doña Paquita..., ¿qué es esto?

DOÑA PAQUITA.

(Se levanta y se apoya en Ana.)

Nada...

DOÑA RUFINA.

En tu cuarto mejor...

DOÑA PAQUITA.

(Abatida.)

Sí..., mejor será... Me voy.

DON JUAN.

¿Esto miro y vivo estoy...?

DOÑA PAQUITA.

(Yéndose poco a poco sostenida por Ana.)

¡Don Juan, don Juan!

DON JUAN.

¡Oh dolor!

(Vase doña Paquita con Ana y don Juan queda a un lado sumergido en el más profundo abatimiento, y a otro doña Rufina, muy pensativa.)

Escena XVIII

DON JUAN y DOÑA RUFINA

DOÑA RUFINA.

(Aparte, después de un rato de silencio.)

Ya veo que la fortuna

contra mí se ha declarado

de modo que no ha dejado

abierta puerta ninguna.

(Acercándose a don Juan con seriedad.)

Tiene usted razón, don Juan.

Si su fortuna perdió,

como honrado se portó,

que hombre pobre no es galán.

Ni yo mi hija le diera,

porque soy mujer prudente.

Pero tan raro accidente,

¿cómo fue, de qué manera?

DON JUAN.

(Volviendo en sí.)

¿Qué puedo decir yo?

Que vuestro hermano don Blas,

porque no hay, señora, más,

nuestra quiebra ocasionó.

DOÑA RUFINA.

¿No lo he dicho?... Ese jumento

no sólo a sí se ha arruinado,

mas tras de sí habrá llevado

la fortuna de otros cientos.

DON JUAN.

No; don Blas nada ha perdido.

DOÑA RUFINA.

(Admirada.)

¿Qué decís? ¿Pues tus tesoros

robados por unos moros,

cerca de Cádiz, no han sido?

DON JUAN.

Sí, señora; mas traía

todo, todo asegurado,

y debe serle abonado

todo por la Compañía.

DOÑA RUFINA.

(Muy solícita.)

Explicadme; no comprendo

el asegurar qué es,

ni esa Compañía, pues

de esas cosas nada entiendo.

DON JUAN.

El seguro, en conclusión,

es quien responda tener

de que no se ha de perder

alguna especulación,

con lo que el interesado,

en suma, no arriesga nada,

porque el daño se traslada

a aquel que lo ha asegurado;

y hay un establecimiento

formado por negociantes

que dan fianzas semejantes

cobrando el tanto por ciento.

Don Blas, como hombre advertido,

cuando de Lima salió,

sus fondos aseguró,

por lo que nada ha perdido.

DOÑA RUFINA.

Pues ¿los trescientos mil duros

que traía en la fragata...?

DON JUAN.

Los tiene al momento en plata,

y los tiene muy seguros.

DOÑA RUFINA.

¿Conque los tiene...?

DON JUAN.

Sin duda.

DOÑA RUFINA.

(Fuera de sí de contento.)

¡Alberto, Alberto!, ven luego;

aún no hemos perdido el juego:

la fortuna nos ayuda.

Ven al momento, y tú, Ana,

sal al punto.

DON JUAN.

(Aparte.)

¡Qué mujer!

DOÑA RUFINA.

Hoy loca me he de volver:

todo mi suerte lo allana.

Pero... ¿usted cómo perdió...?

DON JUAN.

Porque en la tal Compañía,

aunque harto yo me oponía,

mi buen padre se metió.

DOÑA RUFINA.

(Sin hacer caso de don Juan.)

¡Alberto!

DON ALBERTO.

(Dentro.)

Ya voy, mujer.

DOÑA RUFINA.

Pues don Juan, en el instante

aquí el dinero contante

hoy mismo se ha de poner.

Escena XIX

Los mismos y DON ALBERTO

DON ALBERTO.

¿Qué diablos ha sucedido,

que con tanta prisa estás?

DOÑA RUFINA.

Que nuestro querido Blas

nada, nada ha perdido.

El señor puede contarte

lo que ocurre y de qué modo

ha logrado salvar todo.

DON ALBERTO.

(Confuso.)

No sé qué crédito darte,

ni comprendo lo que es esto.

Explícate, hermana, pues.

DOÑA RUFINA.

Hermano, la cosa es...

Don Juan lo dirá más presto.

DON JUAN.

(A don Alberto.)

¿No lo saben? Que don Blas

sus fondos aseguró,

por lo que nada perdió.

No es menester decir más.

Yo soy el comisionado

de la triste Compañía

de Seguros que en el día

con este asunto ha quebrado,

porque trescientos mil duros

no es, señor, una friolera;

y sabéis que no hay espera

en esto de los seguros.

De Cádiz aviso tengo

que cien mil ya tiene allí,

y a tratar del resto aquí

con el mismo don Blas vengo.

DON ALBERTO.

(Suspenso.)

¡Muy bien!

DOÑA RUFINA.

¿Conque listos ya

cien mil hay?

DON JUAN.

En el instante.

DOÑA RUFINA.

¿Y la cantidad restante?

DON JUAN.

Don Blas no la perderá.

DON ALBERTO.

¡Buena fortuna, por cierto!

DOÑA RUFINA.

(Acercándose a la puerta de la izquierda.)

Ana, ven al punto; ven.

¿Quién con tanta dicha, quién

no ha de delirar, Alberto?

Escena XX

Los mismos y ANA

ANA.

Señora, ¿qué manda usted?

DOÑA RUFINA.

(Con gran contento.)

No es nada; cosa de juego.

Vuelvan los lacayos luego,

vuelvan al punto.

ANA.

Pues ¿qué...?

DOÑA RUFINA.

Nada se ha perdido, nada;

que esté la comida presta

y ten la mesa dispuesta,

pues nuestra suerte es colmada.

ANA.

(Dudosa.)

Señora, no sé qué diga.

DOÑA RUFINA.

Se han salvado los tesoros,

y ya a los corsarios moros

podemos dar una higa.

ANA.

Pero ¿es posible?

DONA RUFINA.

Ana, sí;

más éntrate en el momento

de Blasito al aposento,

y dile que salga aquí.

(Vase Ana por la puerta de la derecha.)

Escena XXI

Los mismos, menos ANA

DON ALBERTO.

Rufina, ¿qué te parece?

DOÑA RUFINA.

Estoy de gozo alelada.

DON ALBERTO.

Don Juan, ¿y queda arruinada

la Compañía?

DON JUAN.

Perece.

Escena XXII

Los mismos y ANA y DON BLAS, con el mismo vestido con que vino la primera vez

DOÑA RUFINA.

(Acercándose a don Blas con mucho cariño.)

¡Bien, Blasito, te has burlado!

Ven acá, ven, buena pieza.

¿Quién te puso en la cabeza

darnos chasco tan pesado?

Sabiendo el grande interés

que por ti todos tenemos,

ha sido...

DON BLAS.

(Interrumpiéndola con seriedad..)

Luego hablaremos.

Él que me busca, ¿quién es?

DON JUAN.

Yo, que tengo comisión

de los aseguradores...

DOÑA RUFINA.

Al fruto de tus sudores

Dios echó la bendición.

DON BLAS.

(Mirando cariñosamente a don Juan.)

¿Usted sin duda será

don Juan Antonio de Greda?

DON JUAN.

Quien con cuanto valga y pueda

gozoso a usted servirá.

Y no era, señor, preciso

haber la carta enviado,

pues de Cádiz me ha llegado

de todo directo aviso,

y ya estaba yo dispuesto

a venir en el instante,

que el negocio es importante

y ha de transigirse presto.

(Saca unos papeles.)

Este es, señor, el contrato,

y esta carta le previene

que cien mil duros ya tiene

en Cádiz a su mandato.

Los doscientos mil siguientes

no puede la Compañía

aprestarlos en el día,

pues no hay fondos suficientes;

mas fianzas presentará,

y si usted no halla embarazo,

en un convenido plazo

el total satisfará.

DOÑA RUFINA.

(Con viveza.)

¿Qué embrollos son estos? Di.

DON BLAS.

(Con frialdad, leyendo los pa peles.)

No me distraigas, mujer.

DON JUAN.

(Cortado.)

Yo, a la verdad, pretender,

no osara nada por mí,

y aunque desde el mismo punto

en que la nueva llegó

mi anciano padre cayó

malo y casi está difunto,

porque es de la-Compañía

y es ya su quiebra segura,

sé llevar la desventura

con firmeza y valentía;

pero, cual comisionado

por los otros, ruego a usted

que ese respiro les dé,

y quedará hipotecado...

DOÑA RUFINA.

(Con viveza, metiéndose en medio.)

¿Cómo...? ¡No faltaba más!...

El dinerito al momento.

Para eso el tanto por ciento

se pagó. No accedas, Blas.

Al punto una ejecución

y venderles la camisa.

Pagar es cosa precisa,

y doblón sobre doblón.

DON ALBERTO.
(Conteniéndola y llevándosela aparte.)

Calla, Rufina, por Dios.

DOÑA RUFINA.
No, que es muy bueno Blasito

y este truchimán maldito...

DON ALBERTO.
Ya se entenderán los dos.

DOÑA RUFINA.
(Volviendo a meterse en medio.)

Don Juan, no hay que pretender...

DON JUAN.
(Con resentimiento.)

Yo por mí nada pretendo.

DOÑA RUFINA.
Ya los designios comprendo...

DON BLAS.
(Con enfado.)

Calla la boca, mujer.

(A don Juan.)

Sea usted, señor, servido

de venir a mi aposento,

donde a solas al momento

quedará esto concluido.

Los conciertos firmaré,

y buscaremos el modo

de que en paz se arregle todo.

DON JUAN.

Siempre, señor, lo esperé,

(Vanse los dos por la puerta del fondo.)

Escena XXIII

DON ALBERTO, DOÑA RUFINA y ANA

DOÑA RUFINA.

(Inquieta.)

Todito se va a embrollar.

A ver lo que tratan voy,

porque temiéndome estoy...

DON ALBERTO.

(Conteniéndola.)

Déjalos, Rufina, hablar.

DOÑA RUFINA.

¿No conoces...?

DON ALBERTO.

Ten prudencia.

DOÑA RUFINA.

¡Jesús! Por mi gusto entrara

y a ese tenderillo echara...

DON ALBERTO.

Rufina..., ¡por Dios! ¡Paciencia!

DOÑA RUFINA.

(Reparando en Ana.)

Ana..., ¿y con tal flema estás...?

¿Los lacayos han venido?

ANA.

¡Si ha un instante que se han ido!

DOÑA RUFINA.

¿Por qué a buscarlos no vas?

Yo no sé por qué estuviste

en echarlos tan ligera,

pues ésta es la vez primera

que puntual obedeciste.

¿Y la niña?

ANA.

Adentro está

llorando.

DOÑA RUFINA.

¡Llanto bien tonto!

Anda a decirle que pronto

se consuele y venga acá.

(Vase Ana por la izquierda.)

Escena XXIV

DON ALBERTO y DOÑA RUFINA

DOÑA RUFINA.

¿Por qué estás tú tan callado?

DON ALBERTO.

Porque siento la aspereza

que con tanta ligereza

con Blas hemos usado.

DOÑA RUFINA.

Déjalo a mi cargo todo,

un bobalicón es él,

y yo de tornar en miel

el acíbar tendré modo.

DON ALBERTO.

Mucho fío en tu talento;

pero ¿qué...?

DOÑA RUFINA.

Lo que has de hacer

es irte, hermano, a poner

tu uniforme en el momento.

DON ALBERTO.

(Admirado.)

¡Rufina!

DOÑA RUFINA.

Sin duda, sí.

DON ALBERTO.

Mujer..., ¿tú no consideras...?

DOÑA RUFINA.

Haz, Alberto, lo que quieras;

pero me parece a mí...

Escena XXV

Los mismos y ANA y DOÑA PAQUITA, por la izquierda

DOÑA PAQUITA.

¿Es cierto, es cierto, mamá,

lo que Ana me ha dicho...?

DOÑA RUFINA.

Es

muy cierto. Alégrate, pues.

Nuestra suerte fija está.

DOÑA PAQUITA.

¡Ay!... ¡Si yo a aquel desgraciado

podiera...!

DOÑA RUFINA.

¡Niña!..., ¿qué dices?

Calla y no me encolerices.

DOÑA PAQUITA.

¡Infeliz!...

DOÑA RUFINA.

(Irritada.)

Pues ¿qué has pensado...?

¿A qué es ese desconsuelo?...

¿Quién mayor tontera vio?

DOÑA PAQUITA.

(Llorando.)

¡Ay!... ¡Qué feliz fuera yo

si mi tío!... ¡Santo Cielo!

DOÑA RUFINA.

No me apures. Puedes ya

mostrarte alegre.

DOÑA PAQUITA.

¡Ay de mí!

DOÑA RUFINA.

Si tu tío te ve así,

di, bestia: ¿qué pensará?

DOÑA PAQUITA.

Déjeme usted que en mi alcoba...

DOÑA RUFINA.

¿Qué es lo que dices, Paquita?

Aquí conmigo. Y me irrita

ver esa pena tan boba.

Aquí y contenta has de estar.

DOÑA PAQUITA.

Yo, mamá, no sé fingir.

DOÑA RUFINA.

Si no te veo reír,

los bofes te he de sacar.

Escena XXVI

Los mismos y PASCUAL, por la izquierda

PASCUAL.

Aquí está otra vez, señores,

aquel honrado vejete.

DON ALBERTO.

(Admirado.)

¡Otra vez don Simeón!

DOÑA RUFINA.

Y el infante, ¿qué pretende?

Que suba al punto, y verá

cómo le casco las nueces.

¡Picarón!... Dile que venga.

PASCUAL.

(Mirando a la puerta.)

No es menester, que ya viene.

Escena XXVII

Los mismos y DON SIMEÓN

DON SIMEÓN.

(Haciendo muchas reverencias.)

Después de haber dado gracias

al señor Omnipotente

porque ha reservado a usías

de una deplorable suerte,

vengo a darles muy rendido

los mayores parabienes,

y a que mi señor don Blas

por su siervo reverente

me tenga y me reconozca,

y en su gracia me conserve.

DOÑA RUFINA.

Que habla usted muy de otro modo

que hace un rato me parece.

DON SIMEÓN.

Siempre he respetado a usías

y a su clase cual se debe.

Si una noticia inexacta

pudo repentinamente...,

jamás eran mis intentos...

Escena XXVIII

Los mismos y DON MIGUEL, por la derecha

DON MIGUEL.

(Despechado.)

¡Maldita sea mi suerte,

maldita mil veces sea,

y maldito cien mil veces

el que inventó la baraja!

DOÑA RUFINA.
(Muy solícita.)

¿Qué te sofoca? ¿Qué tienes?

DON MIGUEL.
Un díneral he perdido.

DON ALBERTO.
Mas.... ¿lo has perdido o lo debes?

DON MIGUEL.
Lo debo. Y es a persona

a quien faltar no se puede,

porque es capaz...

DOÑA RUFINA.
No te importe,

que hay recursos suficientes.

DON MIGUEL.
Ese Blas, ese perdido,

de todo la culpa tiene.

DOÑA RUFINA.
(Muy apurada.)

Calla, Miguelito; calla.

DON MIGUEL.
¡Qué he de callar!

DON ALBERTO.

Nos conviene.

DON MIGUEL.

(Sin escuchar a nadie.)

¿Se ha marchado ya de casa?

Los demonios se lo lleven.

Hablando de su aventura

me distraje, y cuatro veces

equivocé una judía...

Lo mato si llego a verle.

DOÑA RUFINA.

Calla, Miguel.

DON ALBERTO.

Tú no sabes...

DON MIGUEL.

De una oreja al punto...

DON ALBERTO.

(Con viveza.)

Advierte

que conserva sus tesoros.

DON MIGUEL.

¿Qué me dices?

DON ALBERTO.

Sí; contente.

DOÑA RUFINA.

Cien mil duros tiene en Cádiz,

lo demás está corriente,

y arreglando está en su cuarto...

DON MIGUEL.

(Suspenso.)

¿De veras? Mas ¿cómo puede

ser esto?

DON ALBERTO.

Ya lo sabrás.

DOÑA RUFINA.

Sosíégate y está alegre,

pues todos nuestros afanes

pronto, Miguel, van a verse

cumplidos.

DON MIGUEL.

Pero... ¡Rufina!

DON SIMEÓN.

Don Blas, como muy prudente,

aseguró sus tesoros...

DON ALBERTO.

(Mirando a la puerta del fondo.)

Callad, callad, que aquí viene.

Escena XXIX

Los mismos y DON BLAS y DON JUAN

DOÑA RUFINA.

(Yendo hacia don Blas con muestras de cariño.)

¿Dejas ya todo arreglado,

Blasito, como conviene?

Pues un abrazo he de darte,

que este chasco lo merece.

(Va a abrazar a don Blas, y él la contiene; pero ella, disimulando, continúa):

La mejor casa de campo

que en los contornos se encuentre

voy a buscar al momento

para que...

DON BLAS.

No te molestes.

Te lo agradezco, Rufina.

Mi plan es ya diferente.

(Queda sumergido en profunda meditación.)

DON ALBERTO.

(Turbado.)

Si en la ciudad con nosotros,

hermano, quedarte quieres...

DON MIGUEL.

(Acercándose a don Blas.)

Muy bien nos has embromado.

DON SIMEÓN.

(Haciendo cortesías a don Blas.)

Yo, señor, vengo a ofrecerme...

DOÑA RUFINA.

(Meneando a don Blas.)

Mira..., Blasito.... responde.

ANA.

(Aparte.)

¡Qué poca vergüenza tienen!

DON BLAS.

(Vuelve en sí, da un suspiro y dice, con resolución):

Me decido... Es necesario.

Ruego que todos ustedes

me escuchen por un momento;

seré compendioso y breve.

A mi salida de Lima,

juzgando que mis parientes

eran lo que mi cariño

apetecía que fuesen,

pensé repartir con ellos

mis riquezas y mis bienes,

reservando aquello poco

que juzgara suficiente

para pasar en retiro

dulce quietud, vida alegre;

y para que en todo caso

mis deseos se cumpliesen,

extendí mi testamento,

mandándolo así.

(Saca un papel del bolsillo.)

Y es éste.

En navegación tan larga

era mi consuelo siempre

pensar las caricias dulces

de que colmado iba a verme

al llegar a una familia

que mil recuerdos me debe,

pensando que a mí, a mí solo,

rico, o pobre, o corno fuese,

aquel amor conservaba

que sangre o costumbre encienden,

y por el cual, yo lo juro,

diera cuanto darse puede.

Al ver que de bajo estado

habían subido mis gentes

a los títulos y honores,

que justo premio ser deben

de méritos y virtudes,

soñaba yo neciamente

que con ellos y con ellas

las habían logrado; y este

pensamiento difundía

en mi pecho mil deleites.

Cuando al término llegaba

de mis soñados placeres,

casi a la vista de Cádiz,

unos piratas alevés

abordaron mi fragata

y me robaron los bienes;

y aunque, estando asegurados,

nada perdí, los crueles

momentos del abordaje,

los peligros inminentes
de la terrible sorpresa
y el ver cercana la muerte,
ni yo aquí puedo pintarlos,
ni es posible encarecerse,
porque en tan duros momentos,
aunque el oro se conserve,
se piensa sólo en la vida,
se olvidan los intereses.

Llego a Cádiz; mis asuntos
arreglo en momentos breves,
al seno de mi familia
venir anhelando siempre;
y a un amigo verdadero,
que tal nombre le compete,

descubrí los planes míos,

y anheloso preguntéle

qué concepto mis hermanos

disfrutaban. Muchas veces

se lo pregunté, y negóse,

reservado, a reponderme.

Importunéle de nuevo,

le conjuré me dijese

la verdad; pero él tan sólo

me respondió, cual prudente:

«Consulta con otros, Blas;

yo no sé qué responderte.»

Harto me dijo mi amigo

para en confusión ponerme.

Indago, inquiero, pregunto,

busco medios diferentes

de saber lo que anhelaba.

¿Y qué me dijeron? Pueden,

pueden muy bien conocerlo,

sin que yo lo diga, ustedes.

DOÑA RUFINA.

Si tú crédito no dieras

a embrollones mequetrefes,

que sólo...

DON BLAS.

(Indignado.)

Basta, Rufina.

¡Ojalá mentiras fuesen

los informes que me dieron!

Más feliz fuera mi suerte.

Pero... mi experiencia propia.

¿de qué modo se desmiente?

Hallando que era buen medio

la pérdida de mis bienes

con que hacer una experiencia,

para mí costosa siempre,

vine a buscaros cual pobre.

¿Y qué encontré...? Responedme.

¿Qué encontré...? Ya basta, ingratos.

«Tanto vales cuanto tienes»

es vuestra máxima infame.

¿No os confunde sólo el verme?

DOÑA RUFINA.

(Con mucha humildad.)

Blasito, pero hazte cargo...

DON BLAS.

¿Aún a respirar te atreves?

Ya son otros mis designios

(Rompe el testamento que tiene en la mano.)

Esto sólo, esto merece

vuestra insensatez y orgullo.

No reparto yo mis bienes

con ociosos mentecatos

que virtud ninguna tienen.

De esos títulos y honores

que a tal punto os envanecen,

y que en vuestras viles almas

consiguen tanto ascendiente

que los sublimes afectos

de naturaleza vencen;

de esos títulos y honores,

que en vez de inspirar a ustedes

honor y nobles virtudes

les sirven tan solamente

de estímulo a nuevas trampas

y a otros vicios y sandeces,

sacad, sacad todo el fruto,

y mis tesoros se queden

para ser con mi cariño

premio de quien los merece.

Paca, cincuenta mil duros

para dote, pronto tienes,

(Saca del bolsillo la cajita del collar de perlas que le dio doña Paquita en la escena XIII de este acto.)

con este collar de perlas,

que mi gratitud te vuelve.

DOÑA PAQUITA.
(Sorprendida.)

¡Tío!

DON BLAS.
(Abrazándola.)

Sí, sobrina amada.

Y tu esposo será éste.

(Toma a don Juan del brazo y lo pone junto a doña Paquita.)

DON JUAN.
¡Señor!

DON BLAS.
(A don Juan.)

Nada hay que decirme.

Muy bien vuestro padre puede

su salud recobrar luego,

sin que más en quiebras piense.

DOÑA PAQUITA.

¡Tío!

DON JUAN.

(Queriéndose arrojar a los pies de don Blas.)

Permitid...

DON BLAS.

(Conteniéndole.)

¿Qué hacéis?

Vuestro amor tan solamente

exijo por recompensa;

mi cariño otra no quiere.

DONA RUFINA.

(Dudosa.)

¿Y de veras has hablado?

DON BLAS.

¿Pues aún dudándolo estás?

DOÑA RUFINA.

¿Conque así nos dejas, Blas?

¡Por cierto que te has portado!

DON BLAS.

Me admiro de tu imprudencia.

¡Extraña es tu condición!

DOÑA RUFINA.

(Furiosa.)

¿Conque nos dejas, bribón,

a la luna de Valencia?

(Se retira a sentarse en una silla con muestras de gran despecho.)

DON ALBERTO.

Pero yo, Blas...

DON BLAS.

Anda, Alberto.

Eres mejor que Rufina,

mas como ella te domina,

no hay que pensar en concierto.

(Se retira don Alberto, confundido.)

DON SIMEÓN.

Muy discreto andáis, señor;

y quien es tan sabio y justo

no recibirá disgusto

en darme amparo y favor,

(Saca el recibo.)

Aquí tengo este recibo...

DON BLAS.

¿A verlo?

DON SIMEÓN.

(Le da el recibo.)

Tomadlo, pues,

y conoceréis que es

en extremo ejecutivo.

DON BLAS.

(Rompe el recibo.)

Ya está visto, y esto hago.

DON SIMEÓN.

(Desesperado.)

¡Cómo!... ¡Por vida de tal!...

¡Y que yo, necio, animal,

lo soltara!

DON BLAS.

Al punto el pago

de tres mil reales tendréis,

que es lo que prestadeis hoy;

y agradeced que no doyo

el paso que merecéis.

DON SIMEÓN.

Yo, señor, di mi dinero

de buena fe, y no es razón...

DON BLAS.

¿Queréis luego a una prisión

ir por infame usurero?

DON SIMEÓN.

(Amedrantado.)

Si mis tres mil veo yo...

DON BLAS.

(Dándole un papel envuelto.)

Ahí van en oro; y os ruego

que os ausentéis luego, luego.

DON SIMEÓN.

(Aparte, después de reconocer el papel.)

En fin, nada se perdió.

(Vase con gran prisa.)

Escena XXX

Los mismos, menos DON SIMEÓN

DOÑA PAQUITA.
(Con mucha ternura.)

¡Tío, señor...

DON BLAS.
¿Qué, hija mía?

¿No estás con tu esposo ya?

DOÑA PAQUITA.
¡Ay! En vuestra mano está

el completar este día.

¡Mi pobre madre, señor...!

¡Por mi madre...!

DON BLAS.
Si en un año

enmienda su orgullo extraño,

se ablandará mi rigor.

DOÑA RUFINA.
(Levantándose furiosa de la silla.)

No quiero deberte a ti

nada, ni a esa bachillera.

Si para casarse espera

mi licencia, la doy, sí.

Tan tonta es, tan incapaz,

que nunca será señora.

Cásese, pues, en buen hora,

con tal que me deje en paz.

(Con gran altanería.)

Alberto, somos señores.

A esta gentuza dejemos,

que nosotros sacaremos

el fruto a nuestros honores.

Tú, Miguel, ¿por qué te abates?

Siempre tu Rufina soy,

y hoy mismo, si quieres; hoy...

DON MIGUEL.

(Con despego.)

No digas más disparates.

DOÑA RUFINA.

¿Conque...?

DON MIGUEL.
¡Calla!

(Acercándose a don Blas.)

Blas, de mí

no tendrás queja fundada,

pues no me he metido en nada.

DON BLAS.
(Recordando.)

¡Ah! Se me olvidaba..., sí.

(Saca del bolsillo un pliego cerrado y se lo da.)

El capitán general,

por esta orden, al momento

manda que a su regimiento

vaya el señor oficial.

Sabiendo yo tu valor,

en Cádiz se la he pedido,

pues sin su tropa aburrido

está un militar de honor.

DON MIGUEL.

(Lee el pliego, y muy alterado dice)

No sé cómo me contengo,

no sé cómo a bofetones,

a palos y a puntillones,

de esta ofensa no me vengo.

Maldita la hora menguada

en que saliste de Lima.

¡Qué esto nos suceda, prima...!

Si meto mano a la espada...

DOÑA RUFINA.
(Conteniéndole.)

No te pierdas, Miguel, no.

(Con gran altanería.)

Blas, Paca, don Juan, ¡tunantes!,

marchad de esta casa, antes

que de ella os arroje yo.

DON ALBERTO.
Rufina, déjalos; calla.

DOÑA RUFINA.

¿Cómo? Yo en mi casa mando.

Lucifer me está llevando.

Marchad, plebeya canalla.

(Vase por la izquierda, y detrás de ella don Alberto y don Miguel, todos con muestra de gran despecho.)

Escena última

DON BLAS, DON JUAN, DOÑA PAQUITA, ANA y PASCUAL

DON BLAS.

(Mirándola con lástima.)

¡Dios te perdone, Rufina!

Vámonos. Mientras tu boda

se concluye y acomoda,

vente conmigo, sobrina.

DON JUAN.

Señor, en mi casa...

DON BLAS.

No.

No fuera decente.

DON JUAN.

Bien.

ANA.

¡Ay señorita! También

con usted me quiero ir yo.

DOÑA PAQUITA.
Con mucho gusto.

PASCUAL.
Y yo digo,

¿irme con usted no puedo?

Porque en casa no me quedo.

DON BLAS.
Pascual, te vendrás conmigo.

ANA.
(A Pascual)

¿Conque tú también te vienes?

PASCUAL.
Sí, y queda finalizada

la comedia titulada

«Tanto vales cuanto tienes».

ANA.
Pero antes pide, rendido,

sólo un recuerdo y no más...,

y aún pide mucho, quizás,

un ingenio perseguido.

Fin

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo